

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

A la presidencia a través de la masacre

Los socialistas de tendencias moderadas; los que esperan en la madura fruta del árbol de la evolución y son partidarios de la acción sociológica con la tortuga como guía, en raras ocasiones no desempeñaron roles infamantes y poco airoso en la ya larga lucha por la emancipación de la parte más derelicta de la humanidad. Ya tuviesen, como teatro de sus hazañas, Italia, Francia, Alemania, Rusia y las varias partes del mundo, salvo este país en que el partido socialista criollo es muy poca cosa y poco o nada pesa en la vida proletaria. Pero, si no pudo perpetrar daños graves y mayores, fue porque le sobraron ganas y le faltó el poder.

Es una dilatadísima historia de sucesivas ambigüedades, de hechos aviesos, de calumnias solapadas, y así como una cadena de traiciones, que se remontan a los pretéritos años de Carlos Marx con la Internacional, delatando a Bakunin. Decir que todos estos señores, quienes tratan de hacer la revolución a larguísimo plazo, en automóvil y por etapas; decir que ellos reencarnan la legendaria figura de Judas, es inferir un insulto al discípulo de Jesús, e improbable traidor. Ellos son mucho menos, son simples calumniadores que, al verse amenazados en sus intereses políticos, llaman a la policía. Son vulgares delatores en el mejor caso, siempre con contadas excepciones, sin el acento épico del Iscariote, quien, por ahogar las sierpes del remordimiento, se ahogó junto con ellas.

Una de estas nuevas pruebas de fehaciente traición a los sagrados derechos de las reivindicaciones humanas, ha sido exornada a la luz pública, inesperadamente. Fue en un proceso instaurado en Munich, en cuyas incidencias tuvo que declarar el general Groener, el último ministro de guerra alemán, y luego el jefe del estado mayor durante la guerra. Este fué el principal testigo. Su interrogatorio duró cerca de unas cinco horas, y sus declaraciones pusieron al desnudo dos de las cuestiones que vienen debatiéndose desde los comienzos de la celebración del armisticio. La primera versaba sobre la derrota de Alemania por causa de las revueltas que habían estallado en su seno. La segunda, y la más importante para nosotros, se refería al estruendoso fracaso de la revolución alemana. En ambos tópicos, en los dos sucesos trascendentales, el general habló con una claridad meridiana y con una precisión matemática.

Freedom, nuestro colega anarquista de Londres, del cual tomamos estos ligeros datos, dice que, merced a la cuantiosa información aparecida en casi todos los diarios alemanes, está capacitado para presentar un resumen a sus lectores.

El general Groener depuso, manifestando que había sostenido una conversación con Lüdendorff en septiembre 24 de 1918, quien reconoció "que estábamos derrotados, siendo el peso más abrumador la cantidad de tanques que poseían los aliados y nuestra carencia absoluta de reservas frescas para reponer los claros y relevar a los que se hallaban en combate durante un largo período. Se realizaron varias entrevistas con los hombres más influyentes de aquel entonces, descartándose de hecho la rendición, y discutiéndose las posibilidades de salvar el trono. El 6 de noviembre se consultó a los jefes de las sociedades obreras y los del partido socialista." Es aquí que, por primera vez, se encuentran los nombres de Ebert, Scheidemann, Sudekun, David Bauer y Legien.

El general, por lo pronto, se opone a la posible abdicación del kaiser. Es Ebert quien impone condiciones, declarando con toda firmeza que la abdicación era inevitablemente necesaria si se pensaba abortar los efectos de la revolución y hacerla abortar de una vez.

Como era natural, en completo acuerdo con Ebert, el general relata que envió diez divisiones a Berlín y cómo el 10 de noviembre pudieron concertar las operaciones que debían efectuarse con toda celeridad. Luego, para completar el plan, se resolvió un completo programa militar a fin de tratar de desarmar a la metrópoli, apelando al mariscal Hindenburg, quien, muy contra su voluntad, se avino a colaborar con Ebert.

—A mí, francamente, me pareció siempre de una comicidad irresistible que a Liebknecht y sus tropas se les ocurriese también celebrar las navidades, sin percatarse que en esos días se les ofrecía la única probabilidad para triunfar.

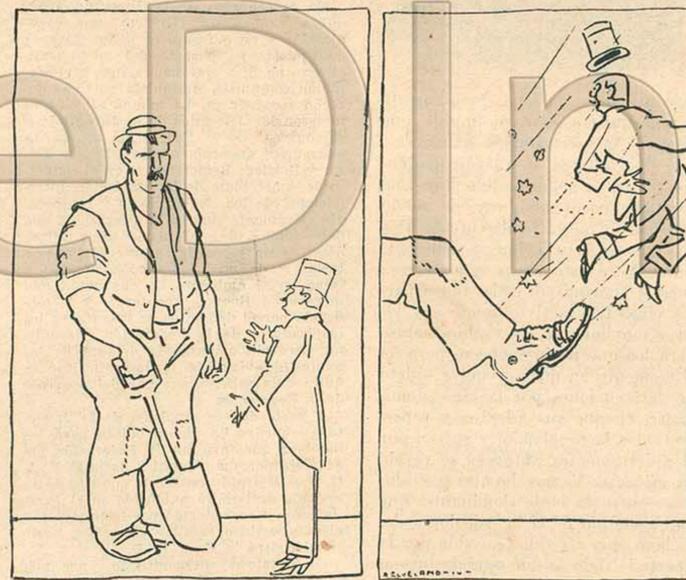
Entretanto, Ebert no tuvo ningún inconveniente en acudir al reaccionario Noske en demanda de auxilio, y poco después eran enviadas a Berlín las tropas que coadyuvarían a sofocar el movimiento revolucionario con la matanza en masa del pueblo y con los asesinatos de Liebknecht y de Rosa Luxemburgo.

El general Groener concluyó su deposición con estas significativas palabras:

—Me cabe declarar que Ebert supo manejar muy diestramente el partido independiente de los social demócratas, e hizo que mis actividades como ministro de guerra quedasen en la sombra. Lo que me impide a declarar que su genio político me mereció una muy alta estima.

Freedom, en su glosa final, escribe:

LOS FALSOS PASTORES



Llegará día en que el obrero, a los "apóstoles", a los "profetas" de levita y chistera, que le piden una banca parlamentaria, les dé un puntapié en el culo.

He aquí las propias palabras del general Groener sobre estas continuas entrevistas:

—Yo y Ebert convergíamos a una misma finalidad, que consistía en establecer un gobierno lo más fuerte posible.

En esos días, cercanos a las fiestas de navidad, se produjeron momentos de verdadera ansiedad, tanto para los socialdemócratas como para los conspiradores junkers, así como para las tropas, cuyo entusiasmo había decaído bastante, las cuales insistían en disolverse para transcurrir los días de navidad en sus respectivas casas.

El general de marras subraya este suceso con un comentario un sí es no es irónico:

"Esta es la historia que al fin sale a la luz. Es natural que no nos haya sorprendido; pero con indecible amargura refleja que, gracias a este genio político, del cual los socialistas han hecho tanto acopio, Liebknecht y Rosa Luxemburgo se hallan en sus tumbas y los alemanes en la máxima orfandad, habiendo arrojado al aire la única ocasión, la única coyuntura feliz que les deparó el destino durante todo un centenar de años, y se están hundiendo más y más en el cieno, y hoy más que nunca. Es presumible, de todas maneras que lo que tengan en común con la parte más mezquina y servil de otros países, será que continuarán crucificando a sus presuntos redentores por muchos años aún."

El terror antirrevolucionario continúa en Rusia

Circula por la prensa internacional el documento siguiente, procedente de la prisión de Tobolsk (Siberia) y firmado por 126 anarquistas y socialistas. Aunque para nosotros no tiene nada de nuevo, lo transcribimos:

"Queridos camaradas! Sabéis ya que el campo de concentración para presos políticos (socialistas y anarquistas) en las islas de Solowetzki, Mar Blanco, ha sido suprimido oficialmente. El gobierno bolchevista se apresuró a difundir por todo el mundo esa noticia.

Todos los presos políticos de Solowetzki fueron internados en dos prisiones: la mayoría en Werchne-Uralsk, los demás, unas cien personas, en Tobolsk. No poseemos en este momento noticia alguna exacta sobre las condiciones en Werchne-Uralsk; pero podemos comunicarnos cuál es la situación en Tobolsk.

Se nos ha internado en la ex prisión catorgiana de Tobolsk, en la lejana Siberia. Incluso en tiempos del zarismo se dijo varias veces que las prisiones catorgianas de Siberia, en consideración a las pésimas condiciones dominantes, serían abolidas. Pero el gobierno bolchevista no ha inventado nada mejor al suprimir el campamento de Solowetzki, que la vuelta al presidio catorgiano del tiempo del zarismo.

Todos los presos que han sido sacados de las islas de Solowetzki, no estaban condenados a prisión, sino a internamiento en campo de concentración. Disfrutamos allí, no obstante la severidad de las condiciones generales dentro de la prisión, una relativa libertad de movimiento. Pero en Tobolsk hemos caído en un verdadero presidio, con celdas individuales cerradas, en donde los cubos de deshechos apestan el aire, con empleados de vigilancia que fueron enviados especialmente para nosotros de las prisiones moscovitas de la tcheka, y que introdujeron aquí el mismo régimen severo que en la famosa prisión interior de la tcheka en Moscú."

Siguen descripciones de las terribles condiciones sanitarias en las celdas en donde han tenido que ser amontonados de 14 a 17 personas. En la prisión no hay hospital alguno; a los numerosos presos enfermos casi no se les presta socorro médico alguno. Las celdas del piso bajo son húmedas y oscuras, sin embargo los presos enfermos deben vivir en ellas. Además están los empleados de inspección y la guardia, que están inspirados por un odio fanático contra los presos políticos y sólo esperan el momento oportuno para echarse sobre ellos. Luego se lee:

"Los señores Tolski hablan sobre la "humanidad", y las diversas delegaciones obreras de Alemania y de otros países oyen esas palabras y ensalzan en sus informes la libertad bolchevista. ¿Pero por qué no se ha mostrado durante la existencia del campamento de Solowetzki a ninguna delegación esas prisiones? La delegación trade-unionista inglesa tuvo la intención de ir a las islas Solowetzki, pero se le impidió ese viaje bajo el pretexto de las dificultades de las comunicaciones, aunque la navegación por el Mar Blanco no estaba suspendida todavía. La prensa soviética informa que una delegación alemana visitó la prisión de Ekaterinoslav y habló con los prisioneros políticos. No sabemos con qué presos políticos hablaron los delegados alemanes en Ekaterinoslav, donde no existe una prisión especial para los presos políticos. Pero, preguntamos, ¿por qué se blanquearon precipitadamente las sucias celdas de ese establecimiento y por qué se trasladó en la noche del 4 de agosto, directamente ante la llegada de la delegación, a los compañeros Borizenko, Tarnowski y Emu-

kaschwil, de allí a los locales de la tcheka? Preguntamos: ¿por qué ninguno de esos delegados ha visitado las prisiones de Tobolsk y Werchne-Uralsk, en las que hay internados centenares de prisioneros políticos? Si hubieran hecho eso, hubieran sabido que de 126 presos políticos en Tobolsk sólo 21 han sido judicialmente condenados, mientras que de los 260 presos de Solowetzki en Werchne-Uralsk sólo uno está internado en razón de una sentencia judicial. Los demás han sido arrestados por simple disposición de la tcheka, y precisamente no por alguna contravención, no por una lucha armada contra el gobierno bolchevista, como miente descaradamente la prensa bolchevista de Rusia y el extranjero, sino a causa de su pertenencia — en este momento cosa del pasado — a los partidos socialistas y anarquistas, sólo a causa de su modo de pensar y de sentir. Sólo uno de los 126 presos de Tobolsk está condenado a causa de supuesta participación en la insurrección de Tobolsk (El fusilamiento se le conmutó por diez años de prisión). Uno está condenado por participación en una expropiación, pero todos los demás a causa de su pertenencia a partidos políticos o a grupos anarquistas, a causa de labor partidista activa, a causa de difusión de literatura de propaganda. Por eso hemos sido arrojados en la prisión y en el campo de concentración.

Ni los tribunales en tiempos del zarismo, ni los tribunales burgueses en Europa y en América, que persiguen cruelmente a los revolucionarios, conocen algo semejante. Esto es lo terrible del terrorismo bolchevista. Todos los obreros y todos los socialistas del mundo deben saber esto: En la "libre" Rusia bolchevista, que ha superado hace mucho el período de la guerra civil y se vanagloria de su dominación consolidada, los socialistas están fuera de la ley. No hay en ella un solo socialista o anarquista conocido de las autoridades y al alcance de las garras de la tcheka, que no esté en algún campo de concentración, en alguna prisión o en algún lugar de destierro. Mientras existe este "libre" régimen, ninguno de sus prisioneros verá la libertad. Todos estos son hechos: que los refuta el apologista de la libertad rusa.

Os comunicamos estos hechos, compañeros, para que sepáis cuán hipócritas y mentirosos son todos los discursos sobre la liquidación o sólo sobre la suavización del terror en la Rusia bolchevista. Para que sepáis que el terror impera aquí con todo su salvajismo primitivo y en el último tiempo incluso se ha vuelto más violento. Para que no seáis inducidos a error por la supresión del campamento de Solowetzki y conozcáis el hecho que fué sustituido por el presidio de Tobolsk. Y para que vuestra vieja consigna, la consigna de todos los socialistas y anarquistas, resuene sin cesar en vuestras filas: "Abajo el terror en la Rusia de los Soviets!" (Siguen 126 firmas).

esa manera será posible expulsar el espíritu de la servilidad de los seres humanos y convertirlos en compañeros de lucha por la idea anarquista. Si el anarquismo ha de ser realizado prácticamente debe avanzar por el camino indicado.

En el curso de su evolución, el anarquismo no tiene fronteras. No hay orillas que estrechen su corriente, no hay diques que puedan cambiar su dirección. Lo mismo que la vida humana no puede comprimirse en una forma determinada. La aspiración hacia la más alta libertad puede ser ilimitada sin ponerse en contradicción con la teoría anarquista;



al contrario, nos lleva directamente al anarquismo, porque impide que progrese la esclavización humana.

Y sin embargo, el anarquismo como teoría es comprendido hoy sólo por muy pocos hombres de modo que podría nacer fácilmente la idea que nuestra concepción no tiene porvenir. Pero esto es un gran error; pues el anarquismo es en todas partes viviente y activo, donde hay vida y movimiento. Es visible incluso para los que no lo conocen, pero en el momento en que se vuelve objeto de persecuciones por la clase dominante, en que sus adeptos y representantes la proclaman y sufren por él abiertamente. Entonces se revela su eficacia. Vemos hombres en lucha contra la clase dominante, que han sacudido de sí la psicología del esclavo, que ofrendan su vida por la libertad. Todo lo que parecía incomprensible en el anarquismo, se vuelve comprensible, y más que nada por los hechos de sus partidarios. En esa lucha se manifiesta la victoria del espíritu anarquista sobre el espíritu de la esclavitud.

Vemos, pues, que el anarquismo, a pesar de su finalidad ilimitada y de sus efectos, no tolera una interpretación ambigua, y además que el anarquismo se vuelve cada vez más revolucionario y sólo se atiene a los métodos revolucionarios en la lucha contra sus opresores.

Los anarquistas son combatientes revolucionarios que quieren suprimir todo gobierno, y con él las leyes por el gobierno creadas. Pero los anarquistas no sólo combaten los gobiernos, sino también a la sociedad que los ha instituido. Ante todo rechazan el espíritu y la moral de esa sociedad.

Comentarios a un congreso anarquista

Hemos concurrido al último congreso de la Federación comunista de Alemania y esta vez no queremos silenciar nuestras impresiones, aún a costa de crearnos nuevas enemistades y de extender nuestra fama de "factores internacionales de discordia". Se nos ha dicho que hemos provocado conflictos en España, en Portugal, en todos los países de América, en las colectividades rusas del extranjero y ahora nos exponemos a provocarlos en Alemania. En todos nuestros actos nos guía nuestro amor a la causa de la anarquía y jamás hemos eludido la responsabilidad que pudiera incumbirnos como consecuencia de nuestra sinceridad. Tal vez sea un defecto no tener dos caras ni poder ocultar nuestros sentimientos por conveniencias personales o por consideraciones subalternas; pero somos así y presentimos que nuestro carácter es más fuerte que nuestra voluntad de modificarlo.

Sin embargo en el caso de Alemania nos hemos contenido algunos años por varias causas: por la amistad con los camaradas influyentes de la F. A. U. D., que habría podido dar a nuestra hostilidad hacia la Federación anarquista una falsa apariencia; segundo, porque sabemos que en la Federación anarquista hay hombres de una gran sinceridad y de una ilimitada abnegación que nos dolía lesionar, y en tercer lugar porque no tomamos una parte directa en este movimiento, no obstante seguir atentamente sus pasos.

Pero después del último congreso consideramos un deber dar rienda suelta a nuestros sentimientos.

En el congreso de la Juventud anarquista sindicalista (Erfurt), una organización a cuyo frente se hallan jóvenes anarquistas entusiastas del movimiento obrero, se dijo claramente que la Federación comunista anarquista no tiene derecho a existir ya. La misma afirmación hicieron los delegados de la Juventud en el congreso de la Federación comunista anarquista que comentamos, Eugen Betzer y Rostler; Betzer estuvo en el congreso de Amsterdam de la Asociación Internacional de los Trabajadores y comprendió claramente cuál es la orientación que debe tomar el anarquismo en nuestros días; es un joven de raras cualidades oratorias y de una comprensión notable y merecida influencia; contra él y la tendencia por él defendida se levantaron los inspiradores de la Federación anarquista; pero sin embargo la defensa de los puntos de vista de la juventud fué la única nota saliente y digna del congreso de la Federación.

A parte de ese problema de la Juventud, — que se ha vuelto odiosa para los hombres que inspiran la Federación anarquista por sus simpatías hacia la F. A. U. D. — se trató también la cuestión de un artículo antisemita publicado en el *Freie Arbeiter* y reproducido por la prensa fascista y se hizo resaltar una clara hostilidad contra la F. A. U. D.

Referente al antisemitismo — por más que algunos oradores se esforzaron por dudar la píldora, sacando a relucir sus conocimientos etnológicos y demás — todo observador desapasionado ha podido observar que existe realmente entre los componentes de la Federación Rocker intentó rebatir en el propio *Freie Ar-*

De ahí se deduce que el anarquismo en la época actual, no debe obrar y permanecer únicamente en los cuadros de la actividad de los grupos, conocidos hasta aquí. El efecto natural de la idea anarquista en la mentalidad de los hombres en su lucha por la libertad y el pan, es claramente reconocible. Pero sobre ese mero efecto, el anarquismo tiene que llevar la conciencia a las masas. Para eso es preciso que el anarquismo marche por vías nuevas y sobre todo, que pase a la ACCION SOCIAL.

NESTOR NACHNO

bater el artículo de referencia y no se le consentió. Lo más lamentable es que se intentó hacer servir a Bakunin para sus menesteres, presentándolo como un antisemita por una expresión accidental contra los israelitas que lo enlodaban a inspiración de Karl Marx. Creemos que la discusión que tuvo lugar, en ese congreso, sobre el antisemitismo, habría llenado de vergüenza a cualquier anarquista de otro país.

Referente a la cuestión sindical, la Federación, a excepción tal vez del congreso de mayo-junio de 1914, donde prevaleció una nota de simpatía hacia la actual F. A. U. D., ha sido casi siempre uno de los mayores obstáculos al desenvolvimiento de esta organización obrera. Nosotros hemos estudiado atentamente la evolución de la F. A. U. D., y hemos llegado a la conclusión que el movimiento localista, después de 1904, la muerte de Kessler, halló más impedimentos en los anarquistas para la evolución hacia la anarquía, operada decididamente en 1918, que en ningún otro factor, incluso la socialdemocracia.

El daño que hicieron los anarquistas "puros" a la F. A. U. D., antes y después de la guerra, es inolvidable. Sin embargo, pese a todo, es la F. A. U. D. la que representa hoy en Alemania el comunismo anárquico, la que lo propaga ampliamente, la que está dando a conocer nuestras ideas en el movimiento obrero.

La mayoría de los participantes en este congreso, con la misma unanimidad que lanzaban toda suerte de acusaciones a la F. A. U. D., que proclama el comunismo anárquico como finalidad, si no hablaron elogiosamente de los organismos socialdemócratas, al menos rechazaron coléricos todo pensamiento de recomendar a los anarquistas miembros de ellos que abandonaran un terreno donde no puede prosperar más que la traición al proletariado. Es verdad, el congreso de la Federación anarquista no elogió los sindicatos socialdemócratas, pero al menos no los consideró tan perniciosos para el anarquismo como los de la F. A. U. D.

Con razón se indignaron los delegados de la Juventud anarquista sindicalista.

Nos llamó también la atención el menosprecio con que se trató a Rocker, ausente; nosotros no creamos ídolos, pero eso no nos impide reconocer que lo que Rocker hizo por la anarquía no son capaces de hacerlo sus detractores. Nos ha parecido advertir que las imbéciles insinuaciones contra ese camarada se deben más a la envidia y a la impotencia que a ninguna otra causa; la opinión de Rocker tiene gran peso en nuestro movimiento alemán; es uno de los hombres de más cultura, de más experiencia y de más capacidad; esto es insuportable para los inspiradores del anarquismo.

Felizmente la Federación anarquista no existe más que de nombre. Se dice que la F. A. U. D. es una organización de Fritz Kater, porque este camarada está al frente de ese movimiento desde hace cuarenta años, habiendo hecho en ese largo período una completa evolución desde la socialdemocracia al anarquismo. Lo cierto es que la Federación anarquista da la impresión de una empresa particular de los hermanos Oestereich; Rudolf Oestereich, a quien se estima como el cerebro de la Federación, habrá llenado anónimamente muchas buenas páginas en su actuación anarquista desde hace veinte años, pero al menos públicamente no tiene en su haber más que unos años de presidio por un artículo antimilitarista, a partir de 1917, y... una lucha implacable y consecutiva contra la organización obrera revolucionaria. Todo su pensamiento está dirigido contra la F. A. U. D., fuera de ella no habrá más enemigos dignos de combatir; en esa labor es secundado por su hermano Richard. Nombramos estos dos camaradas, porque al revisar la prensa anarquista alemana de los últimos veinte años nos parece que son los que más contribuyeron a que el anarquismo de la Federación sea sectario y reclusivo; decimos el "anarquismo de la Federación", porque, en especial después de la guerra, existe en Alemania un anarquismo tal como nosotros lo concebimos y es el que prospera gradualmente

En toda la república, la suscripción mensual del diario y del SUPLEMENTO, es de 2 \$

y el que prosperaría más si el sternerismo no hubiera inyectado su veneno individualista y egolátrico en aquellos mismos que se dicen comunistas anarquistas.

Aparte de los hermanos Oestereich, habría que nombrar a Petersdorf, un viejo camarada, activo ya en la época de la "oposición de los Jóvenes", redactor responsable del segundo *Sozialist*; actualmente su anarquismo viene a reducirse a un anticlericalismo, o mejor dicho, a una tendencia libre-pensadora.

Berthold Cahn, un hombre sincero que vive solamente para la propaganda, que habla indiferentemente en los grupos anarquistas o en los sindicatos de la F. A. U. D., pero que a sus buenas cualidades no agregó la de la comprensión del valor del movimiento obrero; pero no es un sectario ni un egolatra.

Hay muchos otros, más desconocidos, que trabajan arduamente por el sostenimiento de la Federación y del periódico con una buena fe digna de mejor causa. No queremos negar a nadie sinceridad y adhesión sincera a la causa del anarquismo, pero con la mejor buena fe se puede obrar en dirección diametralmente opuesta a la deseada, y este es el caso de los hermanos Oestereich, a quien personalmente no hemos oído hablar más que en los dos últimos congresos de la Federación, pero cuyos discursos confirmaron enteramente la opinión que nos habíamos formado de ellos a través de su actividad pública, en sus años de propaganda.

El órgano de la Federación, *Der Freie Arbeiter*, ha sido antes de la guerra, en particular los seis o siete primeros años de su existencia, desde 1904 a 1912, un periódico bastante bien hecho; después de la guerra ha perdido todo interés y en otro idioma, sobre todo en español, no podría existir sin mejorar su contenido. Ese periódico no está hecho para la propaganda, sino para dar apariencias de existencia a la Federación.

Los que se preocupan del problema de la organización obrera anarquista o de la organización específica del anarquismo, deberían estudiar el ejemplo de Alemania para resolverse por una o por otra forma.

Y el caso de Alemania es un caso que casi podría generalizarse. A nosotros no se nos puede acusar de simpatías sindicalistas; hemos combatido energicamente el sindicalismo, pero no confundimos sindicalismo con organización obrera; para nosotros el sindicalismo es una doctrina, si lo es, adversaria del anarquismo; queremos que la organización obrera a que damos nuestra contribución de esfuerzo sea una forma u en otra, reconozca el anarquismo y luche por él; la F. A. U. D. no tiene una ideología sindicalista, sino comunista anarquista, podríamos citar innumerables pruebas de ello; por eso nos parece perniciosas la actuación de hombres como los hermanos Oestereich, que no parecen tener más propósito que combatir, dejando reducir mientras tanto la Federación a una absoluta impotencia y editando un periódico más apropiado para alejar de nuestras ideas a los simpatizantes que para atraer nuevos prosélitos.

Tales son nuestras impresiones del congreso de la Federación anarquista, celebrado en Berlín el 25-27 de diciembre; no abrigamos ninguna animosidad contra nadie, pero sí hemos de decir que durante las sesiones del congreso hemos sentido ganas de llorar de vergüenza y no en vano hemos afirmado más de una vez que son los anarquistas los que más obstáculos ponen en el camino de la difusión y el triunfo de la anarquía.

Hay que reaccionar, hay que abrir los ojos del espíritu a horizontes más amplios, hay que magnificar la anarquía y no adaptarla a nuestras pasiones y rivalidades, hay que dar una nota más noble, más elevada, más digna de respeto para el mundo exterior que nos observa y para nosotros mismos!

Volveremos sobre este congreso. Hoy hemos dado nuestras impresiones personales.

D. Abad de Santillana

Berlín, 29 de diciembre de 1925.

ELISEO RECLUS

Eliseo Reclus no pertenece a un pueblo en particular, sino a la humanidad entera, y su muerte habrá sido sentida como una pérdida por todo hombre llegado a un cierto grado de conciencia y de elevación moral. Pertenece a la humanidad, en primer lugar por las ideas que ha profesado y practicado siempre, ideas superiores a todo prejuicio de nación y de raza; luego por su calidad de sabio honesto, porque la ciencia digna de tal nombre, la que no tiene otro fin más que la investigación sincera de la verdad, no tiene patria y no conoce fronteras; eso es lo que la diferencia notablemente de la ciencia oficial, que es francesa, alemana, inglesa, italiana, que tiene una nacionalidad y no admite la verdad más que en tanto que no perjudica ciertos principios fundamentales de los Estados burgueses y es ofrendada, como homenaje debido, en el altar de la patria. No habiendo querido Reclus hacer más que lo que le aconsejaba su conciencia de sabio honesto y de hombre libre, no obtuvo de su país ninguna de las distinciones que los gobernantes pretenden distribuir a los más meritorios. No se le ofreció siquiera una cátedra en el Colegio de Francia, cátedra que habría ocupado más dignamente que la mayoría de aquellos a quienes se concede esa distinción. Como yo preguntase por el motivo a alguien que frecuenta los círculos de la ciencia oficial: "No la solicité jamás" — dijo. Es verdad: para obtener esa distinción científica habría sido preciso que Reclus fuese a estrechar la mano a los financistas en el poder y a doblar el espino en los ministerios.

Eliseo Reclus nació el 15 de marzo de 1829 en Sainte-Foy-la-Grande, pequeña ciudad a orillas del Dordogne. Era el segundo hijo de un pastor protestante, hombre de una fe rígida y de una rectitud absoluta. Ese padre profundamente religioso y lleno de confianza en la providencia, era probo hasta el fondo del alma. Jamás le hubiese permitido su conciencia contravenir en lo más mínimo en sus actos la moral que profesaba. Nadie aplicaba más estrictamente que él la palabra del evangelio: "No os preocupéis al decir: ¿qué comeremos? ¿qué beberemos? ¿o con qué nos vestiremos?"; buscad primeramente el reino de dios y la justicia, y todas esas cosas os serán dadas por añadidura". (Mateo, VI, 31-33). Habría podido vivir con los suyos en una situación acomodada, aceptar la paga que le daba el Estado, permanecer en una comarca en que era bien mirado por las gentes influyentes, y preferir acudir al llamado de los cristianos de Orthez (Bajos Pirineos) de donde acababa de ser expulsado un propagandista, de origen suizo que predicaba allí "la autonomía de las iglesias" formadas por grupos de convertidos al margen del Estado y de los consistorios. Y en ese rincón lejano de Francia se puso a predicar a los hombres de buena voluntad, mientras que su mujer abría una escuela para los niños. En su familia, — que fué numerosa como una familia bíblica, — el pastor era considerado no sólo como el jefe, sino, por decirlo así, como el representante de dios; su autoridad era absoluta; su oficio esencial era la educación de las almas; estaba dedicado por completo a la meditación y a la enseñanza de la palabra de dios, y llevaba el cuidado de las cosas espirituales hasta el olvido de las realidades terrestres.

Las mismas virtudes se vuelven a encontrar más tarde en Eliseo, pero más fecundas por el hecho de ser puestas al servicio de una causa más amplia, de una concepción más libre de la vida; también él tenía esa inflexible probidad de alma que le impedía transigir jamás en su conciencia, ese desprecio de las contingencias materiales que es lo único que permite realizar el ideal en la existencia cotidiana.

Es, pues, en ese medio austero e impregnado por completo con la idea del deber moral, donde creció el niño; felizmente, creció también en plena naturaleza, con varios hermanos y hermanas. Los pocos árboles que rodeaban la granja eran particularmente queridos a ese pequeño mundo. "Aquel era el dominio en-

cantado de la vida de los niños, el mundo mágico en que todo lo que se había escuchado se volvía a crear de nuevo en figuración personal. Esos árboles constituían el verdadero templo, mucho más augusto que el templo de Baigts donde se iba, dos veces todos los domingos y algunas veces más a menudo aún, por la larga carretera blanca". Así lo contó Eliseo Reclus mismo más tarde.

Siendo aun muy joven, en 1840, fué enviado lejos de la patria, a Neuwied (provincias renanas), a una institución de los hermanos moravos adonde el pastor Reclus, que se hacía singulares ilusiones sobre el valor de la institución, había enviado ya a su hijo mayor. Esos "hermanos moravos" eran en su mayor parte "sujetos dóciles, con una vida regulada de antemano por una sucesión de prácticas infantiles y de mentiras convencionales"; en cuanto al director del establecimiento, era un "buen hombre cobarde, dicho al adular bajamente a aquellos de sus alumnos que sabía ricos y de escarner con la befa a "quéllos que había pobres". Los alumnos acudían de diversos países, pero pertenecían casi todos a las razas germánicas. Los odios nacionales, todavía agudos en esa época, hacían que todos se uniesen contra los franceses y los zamarresen con el pretexto de jugar a lo Waterloo. Así, desde su primera juventud, Eliseo conoció por experiencia directa dos de los rasgos más odiosos de la sociedad burguesa: los privilegios de que gozaban en todas partes los ricos y el odio que se excita entre los pueblos; por eso luchó toda su vida por la igualdad social y por el internacionalismo. Ese aislamiento de la casa paterna, ese rudo aprendizaje de la vida hecho desde temprana edad eran singularmente apropiados para templar un carácter. Los acontecimientos sociales acabaron de madurarle.

El período que precedió a los movimientos insurreccionales de 1848-49 fué uno de los más activos y de los más fecundos de la historia; entonces germinaron todas las ideas que al fin del siglo XIX adquirieron un desenvolvimiento poderoso y que forman ahora las convicciones de todo lo que hay de inteligente, de honesto y de libre entre los jóvenes y los hombres adultos. Los vicios de la sociedad burguesa salida de la revolución francesa aparecieron, desde entonces, a todos los espíritus clarividentes. El resultado que se había obtenido no correspondía ciertamente a las aspiraciones de los filósofos del siglo XVIII, a las esperanzas concebidas por el pueblo. Era preciso reiniciar la gran obra y continuarla, aprovechando la experiencia adquirida. Y desde todas partes, pensadores y hombres de acción emprendían una lucha nueva más formidable que la que habían librado sus predecesores; esta vez se refería a la base misma de las sociedades pasadas y presentes, la propiedad, y se proponía hallar una forma social en que no hubiera desheredados, en que nadie fuera despojado de su parte de los recursos comunes. El socialismo había nacido. No era sólo en Francia donde fermentaban esta vez las ideas; Alemania, que no era entonces el país estéril, disciplinado, militarizado, prusianizado que conocemos, la Alemania que desde hacía un siglo había producido una multitud de hombres geniales, escritores, compositores, filósofos, estaba llena de espíritus libres, de utopistas generosos, de pensadores revolucionarios a fuerza de ser honestamente lógicos. Y el joven pueblo ruso, que acababa de entrar en la civilización, aportaba al movimiento de las fuerzas virgenes todavía, no enervadas por un ejercicio demasiado prolongado y demasiado exclusivo del pensamiento, hombres de un bloc, sólidamente contruidos, con instintos poderosos y una indomable voluntad de obrar, como Bakunin.

La revolución de 1848 había triunfado en Francia: los jóvenes podían hacerse ilusiones, creer en la inminencia de transformaciones sociales profundas, en la realización próxima de las ideas nuevas. Eliseo, que había frecuentado el colegio protestante de Sainte-Foy de 1842 a 1848, estaba, en 1849, con su hermano mayor, Elias, y un amigo común, en la Universidad de Montauban: los camaradas habi-

taban en el campo a algunos kilómetros de la ciudad; poco interesados en la enseñanza teológica, no asistieron apenas a las lecciones de los profesores y pasaron su tiempo en leer avidamente los escritos de los filósofos y de los sociólogos, en conversar, en gozar de la naturaleza. Se permitieron hasta una escapada de varios días para ir a ver el Mediterráneo. Esa conducta de mal ejemplo, esas apariencias demasiado libres, los discursos subversivos que pronunciaban, hicieron que fueran notados por la autoridad y el decano de la facultad, a despecho de su indulgencia natural, fué obligado a significarles su licencia.

Entonces, ya el núcleo de las ideas alrededor del cual se concretó la concepción social que Eliseo Reclus defendió durante toda su vida, se había formado en él. Esas ideas no habían adquirido aún su forma definitiva; sin embargo, las reconocemos sin esfuerzo en un manuscrito inédito que remonta a esa época. Extraigo los fragmentos característicos que siguen:

"Nuestro grito es: Viva la república universal, esa república futura en que el griego tendrá los mismos derechos que el francés, en que el samoyedo hablará en la misma asamblea que el parisiense. ¿No vemos ya que los odios nacionales se borran y que se designa a los hombres más bien por sus opiniones que por sus patrias? No hay ya en el mundo más que hombres del porvenir y hombres del pasado, y cada uno de esos dos partidos inmensos forma una Confederación gigantesca que se prosigue en todos los países, sin distinción de raza ni de lengua".

"...Así, para resumir, nuestro fin político en cada nación particular, es la abolición de los privilegios aristocráticos y en la tierra entera, es la fusión de todos los pueblos.

"Nuestro destino es llegar a ese estado de perfección ideal en que las naciones no tendrán necesidad de estar bajo la tutela de un gobierno o de otra nación; es la ausencia de gobierno, es la anarquía, la más alta expresión del orden. Los que no piensan que la tierra puede pasarse jamás sin tutela, esos no creen en el progreso, esos son reaccionarios.

Pero la libertad política no es nada sin las otras libertades, no es nada sin las libertades sociales. Esa palabra libertad puede tener una significación para aquellos cuyo sudor no basta para comprar el pan de la familia, para esos obreros que extraen nuevos dolores en las revoluciones que han hecho ellos mismos? La soberanía del pueblo ¿no es una ironía cuando es ejercida por hombres cubiertos de harapos y moribundos de hambre? El derecho de ir, una vez por año a llevar un trozo de papel al ayuntamiento del cantón ¿puede compensar el derecho a la vida?"

"...Para que el socialismo llegue a su perfecta expresión, para que sea realmente el ideal humano de la sociedad, es preciso que salvaguarde a la vez los derechos del individuo y los derechos de todos; es preciso que cada miembro de la asociación humana se desarrolle libremente según sus medios y sus facultades, sin ser obstaculizado por la masa de sus hermanos; es preciso al mismo tiempo que el bienestar de todos resulte del trabajo de cada uno. Algunas variedades, comunistas, por reacción contra la sociedad actual, parece que creen que los hombres deben absorberse en la masa y no ser más que como los brazos innumerables del pólipio que se agita sobre su arrecife o como las gotas de agua perdidas en el mar y levantadas por el huracán en una misma ola. Se engañan grandemente: el hombre no es un accidente, sino un ser libre, necesario y activo, que se une, es verdad, con sus semejantes, pero que no se confunde con ellos".

A su partida de Montauban comenzó para Eliseo Reclus uno de los períodos más activos de su vida. Se fué primero a Berlín, en apariencia para continuar sus estudios de teología, pero en realidad para seguir los cursos del geógrafo Karl Ritter. Allí vivió de la manera más precaria, dando lecciones mal retribuidas. Estaba tan pobre que no podía comprarse combustible, y se veía obligado a quedar en la cama para estudiar. Por falta de dinero no pagó los derechos universitarios; a causa de eso había sido oficialmente excluido, lo que no le impidió continuar los cursos.

En septiembre de 1851 Eliseo volvió a Orthez en compañía de su hermano Elias, a quien se había unido en Stras-

J. F. RAFFAELLI

burgo. Hicieron a pié el viaje a Orthez, en compañía de un gran perro que cuidaban más que a sí mismos: en total no tenían más que una treintena de francos y debieron contentarse con comer pan y acostarse al aire libre.

En diciembre estalló el golpe de Estado. Mientras que la mayoría de los notables republicanos de Orthez esperaban prudentemente lo que iba a pasar en las ciudades vecinas y evitaban comprometerse, los hermanos Reclus y algunos amigos obraron solos, lanzaron un manifiesto y trataron, sin éxito, de apoderarse del Ayuntamiento. A consecuencia de esos sucesos, Elias y Eliseo fueron obligados a desterrarse para escapar a las persecuciones. Pasaron a Inglaterra; después Eliseo se marchó a Irlanda, donde, sin recursos, ejerció toda suerte de oficios; hizo de descargador en los muelles de New York; trabajó en casa de un preparador de salazones, donde poco faltó para que lo triturara la máquina que llevaba los barriles; más tarde entró como preceptor en casa de un plantador de los alrededores de Nueva Orleans, donde fue pronto muy estimado; pero era ya abolicionista y prefirió dejar ese oasis. En 1856 lo encontramos en América del Sur, donde procura entregarse a la agricultura y, como en todas partes, se interesa en los hombres, en el país, estudia y se desarrolla. En 1857, después de la amnistía, vuelve a Francia.

Entra entonces en un período más tranquilo, en un período de trabajo asiduo que va a hacer de él en poco tiempo un sabio célebre. Desde 1859 a 1867 publica en la Revue des Deux Mondes una serie de artículos sobre la geografía y la política, el mayor número concerniente a América; colabora al mismo tiempo en la Tour du monde y otras revistas geográficas, redacta varias guías publicadas bajo la dirección de Jonne por la casa Hachette, hace traducciones de libros alemanes y americanos. En 1868-1869 aparece su gran obra en dos volúmenes, La tierra, que lo clasifica definitivamente entre los primeros geógrafos del mundo.

Pero nuevas convulsiones iban a agitar a Francia. Estamos en la época de la guerra franco-alemana; durante el asedio de París está en el servicio de los aerostatos en compañía de Nadal, que debía permanecer hasta el fin de su vida su mejor amigo. Se proclama la Comuna; sirve como simple soldado, es aprehendido con las armas en la mano en una salida de los federados. Sufre entonces todas las injurias y todos los malos tratos que los feroces burgueses, de quienes el infame Thiers era el digno jefe, hicieron sufrir a los vencidos. Se le envió de prisión en prisión y se acabó por condenarle a la deportación, pena conmutada por la de destierro a consecuencia de la noble protesta firmada por una serie de sabios ingleses, con Darwin a la cabeza. Esa protesta, que honra singularmente a los que la concibieron, daba en estos términos una bella lección a los burgueses franceses: "Nos atrevemos a pensar que esa vida (la de Reclus) no solamente pertenece al país que la vio nacer, sino al mundo entero, y que al reducir así al silencio a un hombre semejante o al enviarlo a languidecer lejos de los centros de la civilización, Francia no hará más que mutilarse y empequeñecer su influencia legítima sobre el mundo."

Todos estos acontecimientos no habían podido sino confirmar más a Eliseo en sus convicciones. Al mismo tiempo que reiniciaba sus trabajos científicos, participaba con un celo nuevo en la propaganda de las ideas sociales. En 1872 está en Lugano, donde escribe su conocido folleto A mi hermano el campesino. En 1874 va a habitar junto al lago de Ginebra, en Tour de Peilz, y al año siguiente se instala en Clarens, donde permanece hasta 1890. Es allí donde comienza su Geografía Universal, de la que escribe el primer volumen, La Europa meridional, en 1875. Desde entonces, regularmente, cada año publica un volumen de su formidable obra, lo que no le impide tomar una parte activa en el movimiento anarquista naciente: asiste a las reuniones de la Federación jurasiana, colabora en el Travailleur, en el Révolté. En 1890 vuelve a Francia y va a habitar a Sevres, donde en 1892 acaba su geografía y escribe el prefacio para el libro de Kropotkin La conquista del pan.

No sé si por esta breve exposición he dado una idea de la actividad prodigiosa de Reclus; pero lo que no he podido hacer, es resumir su evolución interior. No

Un maestro que no perteneció, quizás, a la línea fronteriza de los consagrados como genios; pero sí hubo de colibrar con los antiguos pequeños maestros, jefes y regidores de las artesanías del medioevo, quienes, en su tosca humildad popular, eran auténticos creadores, concibiendo, labrando esas menudencias que constituyeron el encanto de la vida de entonces: ingenuas decoraciones murales de hosterías y retablos, utensilios de todas clases, siendo la alegría esplendente de la calle lo primero, y lo segundo el placer y el íntimo regocijo del hogar: eso fue Raffaelli, desaparecido algunos años hace, en edad senecta: una prolongación de aquellos artesanos, ejemplo aislado en una época moderna. Por su ascendencia italianizante, por su nacimiento, su idiosincrasia reconida, su instintiva adhesión a los principios democráticos y su versatilidad de poliedrismo casi juglaresco, debía reeditar el tipo de artista menor de las bottegas florentinas. Su inquietud, que se proliferó en distintas, opuestas y numerosas direcciones, ya de orden puramente técnico, o teórico, adentrándose en las disquisiciones sociales; su apego a lo que tuviera un carácter marcadamente popular, para transformarlo en sujeto de arte, hacen que este artista atraiga nuestra mirada simpática hacia su obra, no siendo ella nada más que eso: una inmensa corriente de simpatía cordial aljofarando todos sus temas como si los revisitase de un rocío mananero. Deténgase la atención en esto: existen obras francamente hermosas, bellas, expresivas; hay otras que, trabajadas en tonos más modestos de emoción y de materia, ejercen un suave y casi irresistible atractivo, sin que aviven fuertes sensaciones: es el don de lo fuertemente simpático, que nos capta sin usar ningún recurso extraordinario ni poseer virtudes idem. Rara juzgar o considerar la labor enorme de Raffaelli hay que tener bien presentes esos dos rasgos, los más evidentes de su personalidad: la estría pronunciada del menestral convertido en artesano con las miras ideadas de artista; y este poder de simpatía comunicativa: no hay uno solo de sus personajes, aun los intencionadamente grotescos, o de traza ridícula, que no nos sean simpáticos. Esa bonhomía es una de las cualidades privativas del pueblo y de quienes incuba en su seno como artistas. Cuando la obscura conciencia de los instintos irrumpe, deflagra y pone en continua derrota la ciencia de la enseñanza, escapándose de entre las mallas de cualquier disciplina para desfogarse libremente, el arte popular se encarna en el alma candorosa de Enrique Rousseau, el aduanero; cuando esta pujanza interna es de temperatura menos subida y se aviene a domesticarse, encanuzarse por las rutas armoniosas del saber, iluminada, guiada por la lucidez de una clara inteligencia y aprovechando todos los conocimientos, nociones de su tiempo, entonces surge un Raffaelli; un Raffaelli que se mudará a los leprosos arrabales de París a pelear y convivir con todos los detritos humanos y materiales de esa metrópoli.

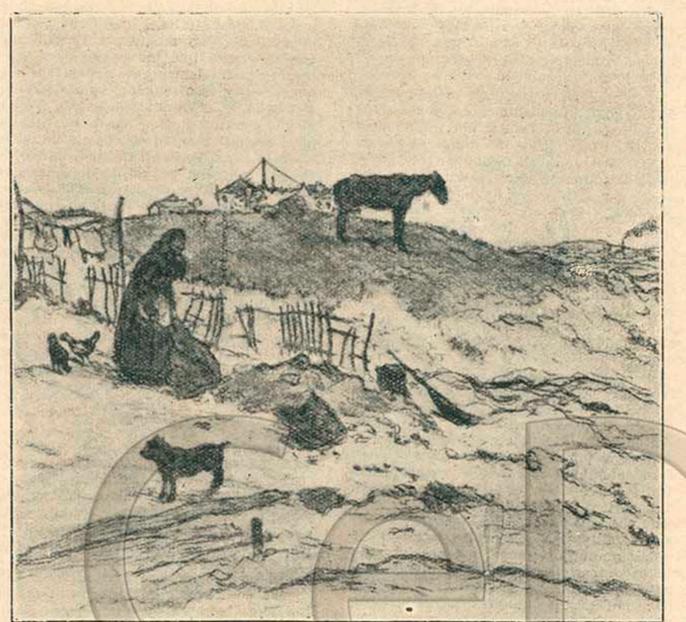
Esta inclinación del joven pintor, evolucionando hacia una manera de arte que recogería como motivos de idealización, o mejor de dignificación, lo desdénado por casi la mayoría de los artistas de entonces, sería suficiente para justificar esta designación, un poco caprichosa para algunos, colocando a Raffaelli entre los representantes de un arte popular, desmentida en la madura edad, al ingresar en la avalancha de los artistas de los salones mundanos de la burguesía rica. Entró en el mundo de la burguesía rica. Entró en el mundo de la burguesía rica.

lo he conocido, desgraciadamente, más que en su vejez. Describir el desenvolvimiento de su espíritu exigiría todo un trabajo de reconstrucción que no puedo intentar en este momento. Quizás las páginas siguientes, donde trataré de hacerlo ver tal como era al fin de su carrera, permitirán adivinar la influencia que los acontecimientos de su existencia agitada habían ejercido en la formación de su carácter.

JACQUES MESNIL (Concluirá)

tiéndase bien: si él se identificó con los antiguos artesanos-artistas, lo fue más por su espíritu que por intrínseca calidad de su obra total. Como dice Román Rolland, para que exista un arte popular, primero debe haber un pueblo.

Aunque Raffaelli fue uno de los testigos más activos y militantes del movimiento impresionista, trabajó y se hizo al margen de esa escuela, por haberse ad herido tarde a ella. Camarada de los más destacados, Monet, Manet, Pissarro, Renoir y otros de la misma pléyade, su inquietud tan alerta le condujo por



J. F. RAFFAELLI. — La ruta de los grandes árboles. (Punta seca a colores)

otras vías sin que nunca perdiera contacto con ellos. Por la prensa y su vocación, casi uno, de afrontar el grave empuje, encerrado en el aválar de un porvenir incierto; había que empujar alegremente, y por su nativa laconidad y lo versátil de sus facultades pudo desempeñar con desenvoltura los empleos más heterocenos y los más curiosos oficios. Atraído por la pintura, se ingirió para acudir en horas mañutinas al curso de Gérôme en el Instituto de Bellas Artes, mientras que a la tarde camaba en las iglesias y en los trebuchos de poca importancia, explotando su magnífica voz de bajo.

De regreso de un viaje a Argelia expuso una serie de escenas argelinas y poco después algunos cuadros de asuntos históricos o románticos, sin que nadie le notase, en medio de un verdadero vacío centrifugo, del cual el ambiente periodístico, literario y artístico, tiene la exclusiva especialidad. Declarar que tampoco nadie le compró, es añadir un dato ocioso. Otro de mecos alientos épicos, al enfrentarse ante el arrugado rostro de la desgracia, habría renunciado a una lucha de uno contra cien mil; mas no era él quien se dejase ganar por el desaliento. Obligado por sus precarias y siempre acoradoras condiciones financieras, debió retirarse a los extramuros y alquilar una modestísima casucha en Asnier... Fue allí, auxiliado por sus poderosas dotes de observador y de intuitiva penetración, que se puso a estudiar todos los seres y las cosas que le circundaban; contenidas en esa desolante zona eternamente encapotada por un cielo de continuo ennegrecido por el humo de las usinas cercanas, y desahogo de todos los detritos de la metrópoli. No son muchos los aprendices de pintor que ante esa carroña viviente y humeante, hubiesen sentido la voraz tentación de tomarla como asunto de arte. Estriba ahí el mérito intrínseco del descubridor de lo inédito: en su predisposición para encontrar lo que otros jamás habrían hallado. Es ésta la mejor época de su vida, donde había de afirmarse como un artista de inconfundible personalidad; y también es lo más valioso y quizás durable, de su abundante producción. Después de algunos años de trabajos, de encarnizada lucha, pudo obtener el éxito y algo que pudo llamarse la fortuna. Había triunfado merced a que fue enteramente sincero y porque hizo entrega total de todos los pequeños prejuicios artísticos y de los perniciosos rezagos de una educación académica. La carta que expresa admirablemente sus sentimientos, de esos años por demás venturosos para él, está dirigida a un amigo y concébidase en los siguientes términos: "Hablo en Asniers y me siento fuertemente atraído por todo el elemento extraño que se apiña cerca de las grandes ciudades. Poso una de esas casuchas, que parecen construidas de cartón; pero de una frescura cautivante, rodeada de un pequeño jardín como para inválidos y convalecientes. "En un rincón hay dos gallinas, un gallo y dos pichones. Existen en Asniers desnudeses de tierra en remoción, sembrada de toda suerte de escombros; cabañas de madera, habitadas por seres absurdos; caballos flacos, coches destartados y hordas de canes errantes. Siento bien que todo esto responde a un encanto doloroso, a un amor de siluetas extrañas, y también a un vago anhelo de alta filosofía".

Nació Raffaelli en París el 20 de abril de 1850, de una familia de origen italiano, — transplantada en Francia hacia el



J. F. RAFFAELLI. — Asniers. (Punta seca a colores)

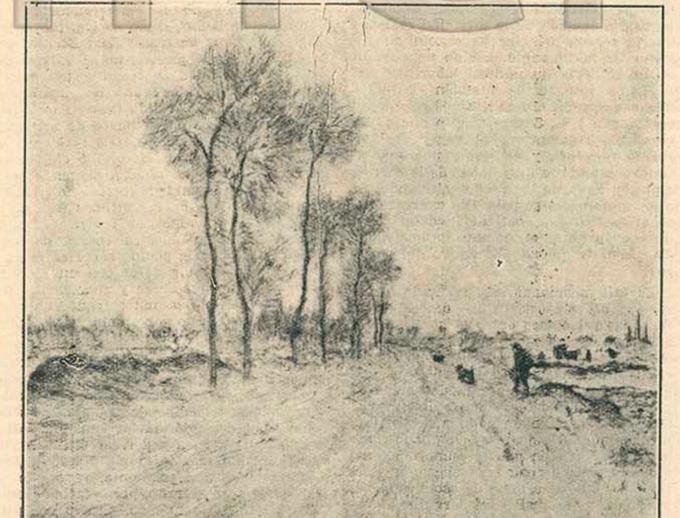
ma, además de los grabados, aguafuertes, puntas secas y esculturas, — es la que quedara como típica en la historia del arte, — típica y precursora de los escuadrones de pintores urbanos, desde Utrillo a Charlot. Son documentos vividos de la desolación de esos proseliticos arrabales, las desesperadas visiones de aquellas planicies pedregadas, de colores neutros, avecinándose a un gris yesoso, — donde hormigueaba como en una gusonera heterogénea la población trashumante que por entonces rodeaba a París como un jardín del villipendio

ción para encontrar lo que otros jamás habrían hallado. Es ésta la mejor época de su vida, donde había de afirmarse como un artista de inconfundible personalidad; y también es lo más valioso y quizás durable, de su abundante producción. Después de algunos años de trabajos, de encarnizada lucha, pudo obtener el éxito y algo que pudo llamarse la fortuna. Había triunfado merced a que fue enteramente sincero y porque hizo entrega total de todos los pequeños prejuicios artísticos y de los perniciosos rezagos de una educación académica. La carta que expresa admirablemente sus sentimientos, de esos años por demás venturosos para él, está dirigida a un amigo y concébidase en los siguientes términos: "Hablo en Asniers y me siento fuertemente atraído por todo el elemento extraño que se apiña cerca de las grandes ciudades. Poso una de esas casuchas, que parecen construidas de cartón; pero de una frescura cautivante, rodeada de un pequeño jardín como para inválidos y convalecientes. "En un rincón hay dos gallinas, un gallo y dos pichones. Existen en Asniers desnudeses de tierra en remoción, sembrada de toda suerte de escombros; cabañas de madera, habitadas por seres absurdos; caballos flacos, coches destartados y hordas de canes errantes. Siento bien que todo esto responde a un encanto doloroso, a un amor de siluetas extrañas, y también a un vago anhelo de alta filosofía".

Los que todavía niegan el raciocinio y la substanciación de una doctrina a un pintor, se verían apurados a explicar la coincidencia y el porqué de que casi todos los más grandes artistas de la humanidad la tuvieron en grado sumo. De todos modos, esta carta nos hace ver claramente que Raffaelli era consciente de la interpretación pictórica con que vestía las concepciones sugeridas por ese ambiente en incansante fermentación. Cuando un hombre, un artista se fija un propósito y se lo coloca entre ceja y ceja para tenerlo bien presente, un día u otro logrará insuflárselo a la materia viva de la obra modelada por sus manos. En las mejores telas de esa época, están fuertemente impregnada de ese doloroso encanto, materializado a veces en una silueta humana, en un árbol, en un caserío y en áridas planicies de roñosas desnudeses.

De toda su vasta producción, — que según datos recientes comprende 700 óleos, 50 acuarelas y 400 dibujos a lápiz y a plu-

ma, además de los grabados, aguafuertes, puntas secas y esculturas, — es la que quedara como típica en la historia del arte, — típica y precursora de los escuadrones de pintores urbanos, desde Utrillo a Charlot. Son documentos vividos de la desolación de esos proseliticos arrabales, las desesperadas visiones de aquellas planicies pedregadas, de colores neutros, avecinándose a un gris yesoso, — donde hormigueaba como en una gusonera heterogénea la población trashumante que por entonces rodeaba a París como un jardín del villipendio



J. F. RAFFAELLI. — Asniers. (Punta seca a colores)

ma, además de los grabados, aguafuertes, puntas secas y esculturas, — es la que quedara como típica en la historia del arte, — típica y precursora de los escuadrones de pintores urbanos, desde Utrillo a Charlot. Son documentos vividos de la desolación de esos proseliticos arrabales, las desesperadas visiones de aquellas planicies pedregadas, de colores neutros, avecinándose a un gris yesoso, — donde hormigueaba como en una gusonera heterogénea la población trashumante que por entonces rodeaba a París como un jardín del villipendio

y como un muestrario de miseria: decepciones de las grandes ciudades. En ese vasto campo de experimentaciones, — merced de los dolores y sufrimientos humanos, — podíase ver arrojados ranganos serpenteando entre los montones de los mas inverosímiles residuos, — ratas, bovinas, trapos sucios y etc., animando el numeroso y tetrico paisaje algún arolito que gracia fuese y desgajadas ramitas, arriano i, tabacos encorvados. Y Raffaelli, mediante un dibujo en veces incisivo, supo extraer, transcribir el contrastado y simpático carácter de amargura de todos esos parias: traperos, vendedores ambulantes, lavanderas, picapedreros y astrosos vagabundos. "Rincón de una tierra desconocida", "Regreso de los traperos", "Medio día (efecto de cielo)", "A orillas del Gennevilliers", "Forjadores bebiendo", "El Guarda Barreras", "Campesina en camino a la ciudad", "Domingo en la Taberna", "Hachador", "Trapero encendiendo su pipa", son telas que han sido consideradas como lo mejor y de las más espontáneas y de pristina vena; y la viviente veracidad de los tipos, sin una acentuación en sus rasgos con el fin de apelar a un sentimentalismo barato y de cinema. Es este respeto a la realidad, es decir al carácter de que ella emana, — que le devuelve de subrayar ciertos lineamientos grotescos de la pequeña burguesía parisina, blanco un tiempo de la mordacidad de su lápiz y pincel. Ello, a pesar de sus preocupaciones literarias y sociológicas, evidenciadas en los numerosos escritos que entregara a la prensa parisiense.

Buena prueba de ello es el prólogo puesto al catálogo de la exposición de 1918, de sus cuadros, dibujos y aguafuertes. Eran unas cincuenta páginas y se titulaba "Etude des mouvements de l'art moderne et du beau caractéristique" (Estudio de los movimientos del arte moderno y de lo bello característico).

En un estilo un poco imbuido de solemnidad, después de haber rechazado el realismo, "porque tomado al pié de la letra no sería otra cosa que la negación del arte" y del naturalismo "demasiado científico para los artistas", se proclama partidario de lo bello característico, observando que lo bello no está en la naturaleza y si en el amor consciente, o sea en el carácter. Es una retorcida perifrasis para llegar donde llegaron tantos, entre ellos el detestado Ingres. Veamos en que se funda este bello característico. Se pregunta: "¿Dónde está lo bello en nuestra

Se puede comprobar que como generosidad de espíritu no se queda corto. En lo demás es ya otra cosa. Sin embargo, si se piensa en que años fueron dichas estas palabras, cuando Zola creía aún en los principios democráticos, así como Chénestau no era el de ahora y si se charnuscaba todavía en el brío de los comunistas, se deberá reconocerle alguna valentía moral.

Otro de los desdoblamientos de su polidéica personalidad es lo versátil en el cambio de los procedimientos técnicos, en la búsqueda de su perfeccionamiento, en la invención de otros nuevos y en la intensa preocupación por la materia que le servirá para expresarse plásticamente, con más agilidad o para obtener resultados curiosos. En un tiempo pasó de la pintura a la escultura, y de la escultura al grabado, intentando audaces innovaciones. Las muestras de su talento escultórico las expuso en la casa Goupil, y se hallaban fuera de los moldes de toda tradición. Eran ocho bajorrelieves en bronce, tratados pictóricamente, sin fondo, de modo que las figuras se hallaban aisladas y sus grupos o algunos árboles o los enseres de labor, presentábanse en sus perfiles principales, acentuados por el modelado en claro-oscuro que los ambientaba con una coloración que le servía de atmósfera. Los asuntos eran los predilectos de siempre: "El amolador", "Perfil de un guarda barrera", "Trapero, su perro y un árbol" y cosas parecidas. El prefacio puesto en el catálogo por un amigo suyo, intentaba aclarar lo que él se había propuesto: "Nadie como Raffaelli es más respetuoso del pasado de la escultura, y no hay irreverencia en querer emplear esta nueva manera escultórica para expresar lo pintoresco de nuestras costumbres fatimadas. Es nada más que esta su ambición, ensayando estas imágenes recordadas, y no obstante, de un agudo realismo. Quiere la obra sin el pedestal, la escultura de los interiores de los departamentos, o más bien como una especie de decoraciones murales. La estatua y el bajorrelieve, tal como se les ha practicado hasta ahora, no pueden ser colocados en una estancia de exiguas dimensiones. Raffaelli colgará en la pared, con uno o dos centímetros de intervalo, la hoja de bronce, la cual no ocupará más lugar que el destinado para el cuadro. Encuentra el medio, así, de eternizar, mediante la materia durable, aspectos que se hallaban sometidos a la fragilidad de las telas y de los paneles, y a merced del azar de la fabricación de los colores."

Esta intención de una escultura para los departamentos modernos, es posible le fuera sugerida por algunos de los exquisitos broncees japoneses que pudo encontrar en el palacete de los hermanos Goncourt, pacienzudos y estoicos coleccionadores de artes orientales. Al dedicarse al grabado, y después de haber ejecutado un buen número de aguafuertes en blanco y negro para los Croquis Parisienses de Joris, — Karl Huysmans no quiso contentarse con los métodos usuales y buscó realizar puntas secas a colores. Los primeros resultados le fueron negativos; pero luego de largas y pacientes investigaciones, intentando y volviendo a intentar, pudo crear la punta seca a colores. Fue el primero que grabó, enteramente cuatro, hasta cinco planchas para obtener una estampa a colores. Este afán en cambiar de técnica, de innovaciones continuas de oficio para luego servir de nuevos ensayos de la escultura, del grabado, de los lápices negros o de colores; fabricado según una nueva fórmula suya; esta eterna inquietud para las cosas que sólo atañen a la materia pictórica, plástica, etc., es lo que más le avecina a los maestros de las bottegas, quienes fueron verdaderos sabios en cuestión de procedimientos.

Después de todo esto; después que era aun joven en las horas de las visiones radiantes y de las regocijadas invenciones, después de buscar, con una perseverancia ejemplar, expresar la vida de los miserables bajo los cielos invernales en los barrios leproso de la gran ciudad, destino curioso el suyo, debía consagrar su último esfuerzo a la interpretación de los paraísos terrenales, donde se desliza la existencia de los felices de la tierra. He ahí cómo se le recordaba en un suelto necrológico de una revista de París, en ocasión de su muerte:

Después de todo esto; después que era aun joven en las horas de las visiones radiantes y de las regocijadas invenciones, después de buscar, con una perseverancia ejemplar, expresar la vida de los miserables bajo los cielos invernales en los barrios leproso de la gran ciudad, destino curioso el suyo, debía consagrar su último esfuerzo a la interpretación de los paraísos terrenales, donde se desliza la existencia de los felices de la tierra. He ahí cómo se le recordaba en un suelto necrológico de una revista de París, en ocasión de su muerte:

"Pero urge decirlo, a pesar de la belleza que ilumina sus últimas obras, es, empero, en sus telas de juventud y de su madura edad que se debe buscar el secreto de su arte de una expresión tan fuerte y plenamente personal. No obstante la variación de sus inspiraciones y los continuos cambios de su técnica, Raffaelli queda en la historia del arte como el pintor de los barrios parisienses: esa triste zona de las alegrías pasajeras y de la miseria de la pobre gente, que él supo, con un pincel tan comovido y agudo, poblar de figuras de una inolvidable expresión y siempre en completo acuerdo con todos los detalles de su cuadro de existencia."

Es aquí donde se revela como un óptimo artista y un creador. Antes de evolucionar hacia las armonías blancas, como en algunos retratos de jovencitas y otros de ciertas ceremonias mundanas, en los cuales el pincel toma la libertad del lápiz, Raffaelli se ensayó en algunos cuadros de género y retratos de celebridades contemporáneas, "La Familia de Juan le Boiteux" y "El Leñador y su Perro" — que quizás una de sus réplicas se halla en el Museo Nacional de aquí — y de Edmundo de Goncourt, de Gustavo Geoffroy, pinturas tratadas en sus grandes partes con contrastes en los que predominan los blancos y los negros.

Algo sobre escultura

La causa mayor del desentendimiento e incompreensión popular por la escultura, ha sido y es la falta de concepto en nuestros escultores, quienes cuando no han perseguido en sus obras la limitada finalidad de la forma por la forma, presentaron los desvíos o las pobreza de los escamoteadores y mercachifles. Y la escultura de nuestras plazas, nuestros palacios, cementerios o interiores dice claramente la ausencia absoluta de ideales superiores, la incapacidad artística y la ignorancia respecto de la concepción escultural conforme al lugar de emplazamiento, y a la materia que ha de fijarla.

Los lugares públicos, salvo muy raras excepciones, ofrecen maniqués informes, inexpressivos y desambitados que carecen de unidad plástica y de poder evocativo. Se olvidó casi siempre entre nosotros que, inspirada en la vida, la verdadera obra de arte, al tomar sus formas a la naturaleza, está sujeta a sus mismas leyes de equilibrio y armonía.

Se olvidó igualmente que la escultura — afirmación de nuestra conciencia plástica — existe en su realidad formal por y para la luz. La luz mueve las masas y valoriza los relieves dotando a la obra de esa atmósfera propia que la incorpora al ambiente; es por ella, con sus oposiciones de sombras, que una escultura es un "desplazamiento de ritmos en el espacio". Estas "cosas viejas" mejor ignoradas que sabidas, nos hacen pensar en la prueba del aire libre a que todo escultor debería someter sus obras antes de ofrecerlas al público.

El aire libre exige a la obra expuesta, ideas claras y construcciones esenciales; aclara la armoniosa dependencia de los detalles del plano; acusa la variedad infinita de los perfiles y la belleza decorativa de las siluetas. El aire libre destaca los gestos antinaturales, las actitudes absurdas y la falta de emoción inicial en disonancia con la armonía general. Restableciendo el equilibrio perdido, la práctica del aire libre renovería la estética del escultor, haciéndola múltiple como la vida moderna, la que tiende cada día más a llevar su radio de actividad hacia los grandes centros públicos: la calle, la escuela, la usina, etc.

Enriqueciendo la sensibilidad que permite descubrir lo sublime en lo simple y cotidiano, habremos destruido el prejuicio tan extendido que limita al desnudo las formas dignas de ser exaltadas por el escultor, ampliando nuestros horizontes por el número y novedad de los elementos que aportaríamos. Así lo afirmam, desde los jardines de Palermo (oasis en este desierto) el "Sembrador" y el "Segador" de Meunier, "La Juventud" de Desplau y el "Sarmiento" de Rodin.

LUIS FALCINI

EL ARTE SOCIALDEMOCRATA DE LA REVOLUCION

Como los pecados de los padres se ven en los hijos, así el proletariado paga los pecados de la revolución. Los trabajadores alemanes son mansos, pesados, pacíficos, respetuosos y ante todo creyentes en la autoridad. Cuando la guerra se perdió para Alemania y los numerosos príncipes con Guillermo de Hohenzollern a la cabeza, teniendo la venganza del pueblo por su política criminal, abandonaron su dominación y escaparon, los fundamentos de la sociedad actual estaban carcomidos. Los capitalistas temían la expropiación. Obreros y soldados tomaron consejos. Se desarrolló lo que se caracteriza con la palabra revolución.

Pero esa revolución tuvo un misero fin. En realidad no hay que maravillarse de ello, pues en el pueblo alemán no existía ninguna especie de tradiciones revolucionarias. ¡Y sin embargo! Sin embargo el curso de los acontecimientos revolucionarios fué lamentable. El proletariado alemán, infestado por décadas enteras de adiestramiento socialdemócrata y sindical-reformista, se demostró incapaz de concebir los atrevidos pensamientos de la revolución social e impotente para realizar valerosas acciones revolucionarias. No estaba a la altura de su misión histórica, tal como le fué profetizada por su padre doctrinario, Karl Marx. Y justamente esa actitud marxista fué la que le encadenó de pies y manos, impidiéndole el desenvolvimiento de la iniciativa revolucionaria. ¿En qué consistió la acción revolucionaria para las grandes masas? En concurrir a las asambleas a votar. Con eso se agotó la participación de ellas en la revolución. Sólo un pequeño núcleo, anarquistas, sindicalistas, espartaquistas, estaba descontento con ese sistema y quiso romper la inactividad impuesta a las grandes masas. Pero ese pequeño núcleo, a pesar de la buena voluntad, no pudo encauzar el gran desamigo. El mando lo tenían en sus manos, los jefes de la socialdemocracia. Pero ésta veía su misión histórica en estrechar la revolución y en impedir por todos los medios que fueran tocados los privilegios de la propiedad privada. Ese fué uno de los grandes pecados de la revolución, que en comunidad con todas las demás faltas, ha tenido y tiene aun que pagar caramente el proletariado alemán.

La invulnerabilidad de la propiedad privada en el curso de la revolución, hizo posible que hoy, después de siete años, los antiguos tiranos y amos saqueen del modo más desvergonzado a su pueblo en razón de los derechos de propiedad que éste no supo modificar. Reyes, duques, condes y príncipes, exigen las propiedades territoriales y demás que poseían en el tiempo de su dominación. Y si no se les devuelven voluntariamente, acusa a los gobiernos correspondientes ante los tribunales. ¿Hace falta decir que naturalmente todos los jueces de Alemania son jueces de clase y que fallan en favor de los príncipes demandantes? En esos procesos se establece que la alta nobleza de Alemania abrigaba desde el tiempo de la revolución francesa el temor de que el pueblo alemán pudiera imitar algún día a sus vecinos. Y para prevenir ese peligro a su vez y a fin de estar dispuestos a todo, los príncipes alemanes hicieron traspasar más y más la propiedad del Estado a la categoría de propiedad privada. Y ahora bien, como se trata de propiedad privada, todo tribunal falla, claro está, en favor de los propietarios. De ese modo se han reconocido ya a los ex príncipes millones y millones. Hasta mayo de 1921 fueron enviados al ex rey de Prusia en Holanda 32 millones de marcos del tesoro de la casa real. Cuando luego se produjo la inflación, el dinero se pagó en moneda extranjera. En el peor año de la inflación, 1923, se enviaron al ex rey de Prusia, de los excedentes de la cámara real, 24.000 florines holandeses. Desde enero de 1924 recibe el apoderado de la antigua casa real 50.000 marcos mensuales. Pero eso no basta a esas señoras. Sus pretensiones son mayores. Exigen del Estado prusiano objetos de su fortuna, como palacios, cosas, bosques, tierras de agricultura, etc., por valor de 600 millones de marcos.

Pero esto no es todo lo que se paga en Alemania de los dineros de los contribuyentes, es decir, de los asalariados en primer lugar, a las antiguas familias rei-

nantes. Los Wittelbacher en Baviera recibieron una serie de palacios y una cantidad en metálico de 60 millones de marcos oro. Los duques de Braunschweig recibieron grandes latifundios, mobiliario y además una renta de 75.000 marcos anuales. El gran duque de Weimar recibe una renta anual de 100.000 marcos, el duque de Meiningen recibe 480.000 marcos anuales. Las demandas del duque de Sajonia-Coburgo-Gotha son tan elevadas que incluso el gobierno burgués de Gotha, ha comunicado al duque que sus exigencias traen a la memoria el tratado de Versalles.

Los casos y sumas aquí mencionados son sólo una parte de las exigencias. En total son exigidos por los antiguos pequeños y grandes príncipes de Alemania unos dos mil millones de marcos. Y esas demandas son casi todas concedidas. La república alemana paga a sus antiguos príncipes rentas y cantidades superiores a las que reciben los príncipes reinantes en los demás países. Como se sabe, Alemania, después de la aprobación del plan de Dawes, recibió un empréstito de 800 millones de marcos. Pero los príncipes recibirán más del doble. Esa es la política de la república alemana, tan altamente festejada por la socialdemocracia.

Los republicanos burgueses y los socialdemócratas sociales se quejan de que la república sea monárquica. Los socialdemócratas dicen que los gobiernos nacionales sin socialistas escatiman a los trabajadores todo penique y que al tratarse de los pagos a los monarcas arrojan el dinero a manos llenas. Esto es pura hipocresía. Los trabajadores son igualmente explotados en el Estado republicano como en el monárquico. Es verdad, es una vergüenza y una injuria para la república el que continúe pagando a los príncipes fugitivos, destronados y depuestos. Pero mayor vergüenza es para el proletariado socialista consciente y organizado de Alemania el no haber tenido durante la revolución el suficiente valor civil para confiscar la propiedad privada de los príncipes y ponerla, con el resto de la propiedad privada, al servicio de la economía socialista de las necesidades. Los campesinos franceses han echado al fuego los libros donde estaba acreditada la renta agraria de la nobleza feudal hace 150 años, después de haber saqueado los nidos feudales. Los obreros y los campesinos rusos no sólo quitaron a los zares y a la nobleza sus posesiones, sino que pararon al zar mismo de su último bien, la vida, y arrojaron del país a la nobleza. Pero los obreros alemanes dejaron intactos a sus amos. Eso tiene ahora las consecuencias apuntadas.

Desde el punto de vista de los socialistas, sindicalistas y anarquistas, es propiamente accesorio la persona que está en posesión de la tierra y de las riquezas nacionales. No les interesa si su propiedad de un Hohenzollern, de un señor Krupp o de un Stinnes o si su propiedad de un trust norteamericano; lo que les interesa es que no exista ninguna propiedad privada. Claro está, para los proletarios del presente, que han asperado de la revolución la realización de su ideal tanto tiempo anhelado y soñado, es más insoportable el pensamiento de que justamente los Hohenzollern, Wittelbach y consortes vuelvan a sus riquezas, pero la situación del obrero no mejorará si sus detentadores de esas riquezas nuevos ricos o especuladores capitalistas. Sería también una ilusión creer que por medio de la nacionalización o estatización de los fideicomisos cambiaría al orden económico actual. Una contrariedad pública sería suprimida con eso para los republicanos, pero la explotación capitalista continuaría por los capitalistas burgueses como antes por señores de la nobleza.

Por esta razón, la aspiración del proletariado consciente debe ir más allá. La vieja revolución fué aguada desde el principio. Una nueva revolución es necesaria y esa revolución tendrá que ir a las raíces de la propiedad privada. Las exigencias de los antiguos príncipes son una enseñanza. Aquí tienen los trabajadores precisamente una lección intuitiva de cómo debe hacerse una revolución y de cómo debe realizarse. La propiedad privada y familiar de las casas reales destronadas no será abolida en Alemania

El próximo número del SUPLEMENTO, que aparecerá el 8 del corriente, estará dedicado enteramente a reproducir varias cartas del inolvidable camarada Pedro Kropotkin, reunidas y comentadas por el compañero Luis Bertoni.

Ese número ha de ser leído con interés, pues los trabajos que en él insertamos, son completamente desconocidos por nuestros lectores y, creemos por casi todos los camaradas de habla castellana.

También publicaremos una extensa carta inédita (archivo Netlau), escrita por Kropotkin en marzo de 1902, la que provocará, seguramente, vivos comentarios y polémicas.

más que por una nueva revolución. Pero ésta tiene que ser una revolución social. Su primera labor deberá ser la expropiación de la propiedad privada y la introducción de una economía social fundada en las necesidades. Si la revolución alemana hubiese dado ese paso, entonces no sólo estarían liquidados los Hohenzollern y demás monarquías, sino que habría sido abolido el movimiento y el peligro monárquico, que acecha todavía la ocasión propicia. Entonces no tendríamos hoy en Alemania una república sin republicanos, sino una sociedad socialista. Pero para eso es necesario que el Estado y la esclavitud del salariado sean suprimidos.

¡Proletarios de Alemania! Si queréis protegeros en el porvenir de las exigencias insolentes y arrogantes de vuestros explotadores, quitados de la cabeza el gorro puntiagudo y cuando se trate de revolución, hacéd tabla rasa. Echad al diablo los bandidos antiguos y modernos, tomad la tierra y los medios de producción en vuestras manos, no dejéis que se instale ningún nuevo Estado, volved las espaldas a todos los políticos y producid lo necesario para satisfacer vuestras necesidades y las de los vuestros.

DER SYNDIKALIST

Berlin, 28—11—1925.

EDUARD WECKERLE

EL HOMBRE Y LA MAQUINA

I

Respecto a los inventores benefactores, la posteridad ha sido siempre avariciosa en el reparto de la fama. Conoce sólo el nombre de muy pocos iniciadores de la técnica y amonona en ellos toda la gloria y todo el reconocimiento. Así por ejemplo, hoy es reconocido generalmente a James Watt el servicio exclusivo de haber domado el vapor en una máquina y haberlo forzado a la ejecución de trabajo. Pero ya cincuenta años antes de Watt había comenzado el "rey vapor" su entrada en la dominación y obtenido la victoria sobre la fuerza muscular del hombre y del animal. Es verdad, le faltaba todavía la consagración principesca. Llegó al país lo mismo que un mendigo. Exactamente considerado, el vapor no aspiraba a la obtención de la dignidad real. No quería ser un príncipe imperante, subyugador de la humanidad, sino una ayuda en favor de la humanidad laboriosa. Así lo había introducido también el inglés Thomas Savery, el que le abrió realme camino, en 1702. Savery es el primero que consiguió transformar el vapor en una fuerza creadora y construir una máquina que asumió la dura labor de la extracción del agua de las minas, aliviando así a los mineros de su país. Dió expresamente al escrito que contiene la descripción de ese invento, el nombre prometedor: *The Miner's Friend* (El amigo del minero).

Es útil mencionar este recuerdo al comienzo de este escrito que quiere investigar las relaciones entre el hombre y la máquina. De ese modo nos hemos puesto espontáneamente ante el problema principal que nos ocupa: ¿Se ha vuelto la máquina realmente un amigo del hombre? ¿Se ha cumplido la promesa de Savery? O ¿no se ha transformado más bien en una maldición lo que era imaginado como bendición? ¿Quién querrá comprometerse a una afirmación o a una negación absoluta? ¿A quién no llenó de asombrosa admiración y de justificado orgullo el hecho de que en el curso de tan poco tiempo hayamos subyugado la naturaleza y organizado sus degeneraciones destructoras al servicio de la acción creadora? ¿Quién ha visto con infinita alegría aquel ejército de máquinas grandes y pequeñas que trabajan ahora como esclavos diligentes para nosotros y ejecutan la actividad más pesada y fatigosa, pero que exige también la más delicada y penosa exactitud? ¿Pero quién querrá, sin embargo, sostener que nuestra vida se ha vuelto menos fatigante y menos llena de tormentos por haber descargado la parte principal de nuestro trabajo en aquellos animales féreos?

No, el triunfo de las máquinas no es simultáneamente el triunfo de la humani-

dad. Es verdad, hemos multiplicado nuestra fuerza natural, es verdad, el espacio y el tiempo no son ya para nosotros separaciones; pero se constata como si pesara una funesta maldición sobre nuestro dominio de la naturaleza, como si los elementos domesticados se tomaran terrible venganza en nosotros. Lo cierto es que los hombres trabajan más que en los tiempos en que no se conocían las máquinas. Los días de fiesta se han vuelto más raros. Con la aparición de las máquinas aumentó incluso el número de las mujeres empleadas en la industria en una medida desconocida en tiempos anteriores y por primera vez hasta el niño tuvo que vender sus débiles brazos a un patrón. El esperado efecto en la unión y fraternización de los pueblos de los rales ferroviarios, esos "lazos matrimoniales" y "anillos de boda", como se expresó entusiásticamente el austriaco Karl Beck a mediados del siglo pasado, no se ha realizado. La hostilidad de los diversos países quedó en pie. Más aún: esa hostilidad aumentó en una medida insospechada por la concurrencia en la busca de materias primas y de mercados. *Los rales ferroviarios no abrieron el camino al pacifismo, sino al imperialismo.* Nunca experimentó la humanidad guerras tan criminales como las de las últimas seis décadas. Pues con nuestra fuerza creadora creció también nuestra fuerza destructora. ¿Qué habría podido hacer en la guerra mundial un general con un ejército por atrevido que fuese y además por poco temeroso de la muerte que fuera, si no hubiese tenido por aliados a esos "diables de metal"?

También en círculo más estrecho se mostró la máquina pronto como destructora. Fué ella la que separó a los hombres de sus medios de trabajo. El telar mecánico desalojó el telar a mano, la Jenny al torno. Para poder, en último resultado, trabajar, el tejedor e hilandero hasta entonces independiente, tuvo que quitarse a un extraño, propietario del nuevo instrumento mágico, o tuvo que vender más barato su trabajo a fin de poder competir con él. Comenzó una terrible concurrencia entre el hombre y la máquina. Esta trabajaba cada vez más ágilmente, y al artesano sólo le quedó el recurso de prolongar la jornada de trabajo y hacer de la mujer y el niño compañeros de labor.

Esa contienda, que vista exactamente, era una lucha por la afirmación de la independencia de los trabajadores, no tuvo nunca perspectivas. La máquina triunfó y el obrero cayó en completa dependencia del propietario de la máquina; se proletarizó. En lo sucesivo, los hombres cesaron de constituir una comunidad popular. La fraternidad y la justicia, esa mag-



nífica roca básica en que habían instaurado las ciudades de la edad media su templo de arte industrial y de paz social, fueron desechadas. El idioma y el hogar nativo perdieron su fuerza asociativa.

Sin embargo, no es esto lo que debe ser en primera línea objeto de nuestra consideración. Esa lucha del primer periodo de las máquinas ha sido ventilada y acedida. Ninguna pluma ni ningún orozco quebrantará ya la decisión. Nuestra mirada debe dirigirse principalmente al presente inmediato y al futuro. Pues — y esto es olvidado diversamente — los perfeccionamientos e innovaciones técnicas sirven hoy, más que nunca, no tanto al aumento de la producción como a la disminución del personal y a la suplantación del trabajo manual. Es cierto que a la mirada superficial no le parecen ya consecuencias de una naturaleza tan hondamente destructoras. El círculo de las víctimas es más pequeño. Pero son muchos círculos los que atrae la máquina. Continuamente son arrancados seres humanos de su distrito originario de acción. Sin hablar de los países transatlánticos que se vuelven hacia el industrialismo y en donde parece encontrarse una repetición de las mismas luchas que lidiaron los obreros de Europa sin éxito en el primer tercio del siglo pasado, y donde, como en India, un pueblo de trescientos millones se asocia para una nueva cruzada contra las máquinas.

La técnica no conoce paralización. Corre sin descanso de victoria en victoria, revolucionando continuamente los fundamentos de la producción. A Savery siguió Newcomen y el trabajo preliminar de ambos lo continuó James Watt. Durante más de un siglo dominó inhumanamente el vapor, hasta que se le presentó en la electricidad un concurrente avasallador. También la misteria que despertó del agua como un espíritu creador, el carbón, comienza a convulsionar el destino con él. El petróleo parece dejar fuera de curso el precioso diamante negro. Pero la técnica vuelve a echar mano a los expendedores originarios de fuerza, el agua y el viento y está en trayecto de independizarse del todo de las máquinas muertas. Así da vuel-

tas incesantemente la rueda del desenvolvimiento técnico y lo que hace aun pocos siglos era motivo de burla, como una loca fantasía, se ha realizado hoy. ¿Ocurrirá lo mismo con aquel plan atrevido de utilización de la fuerza del sol para hacer funcionar los pozos artesanos y de ese modo para el cultivo de los desiertos? He ahí una temeraria perspectiva: ¿el hombre como perfeccionador y acabador de la creación divina!

Sin embargo, volvamos a lo real. Echemos una breve ojeada al desenvolvimiento del maquinismo para investigar luego lo que ha aportado a los productores mismos, si enriqueció efectivamente la vida material y espiritual de los pueblos o si, al contrario, la humanidad se convirtió en esclava de ese monstruo creado por ella misma.

El supremo amor

Fué detenido un anarquista llevando dos bombas en una bolsa negra. Esto sucedió en Nueva York. — suceso que nos comunica el cable. Según la novela policial, fué sorprendido, cerca de los talleres del diario "Corriere de America". Interrogado más tarde por las autoridades, confesó que tenía la intención de destruir el edificio donde estaba instalado ese diario, a fin de impedir la difusión de los ideales fascistas en los Estados Unidos? ¿Qué lo retuvo para no cometer el atentado? Un pequeño punto sentimental. Había visto que en los alrededores estaban jugando algunos niños, y desistió momentáneamente para buscar luego otra oportunidad en que no mediara el mismo inconveniente.

Y posiblemente por este pasajero desmayo de sus sentimientos, por el fugaz segundo de un enternecimiento pueril, viéndolo en su imaginación la muerte horrible de esas diminutas existencias rosadas y el tremendo dolor repercutido en todos esos hogares, hizo que fuera notado y le prendieran.

De ser cierto, de merecernos entera fe las noticias cablegráficas, habría que reconocer que sólo las fieras anarquistas, en el momento de reivindicar un derecho — el de responder a la violencia de los más poderosos con la débil violencia de los menos poderosos — son capaces de sentir hondamente, ateneceadoramente esos pequeños, esos insignificantes escrúpulos para los demás.

¿A qué profesional de la violencia organizada hubiera de detenerse, no la manza de unos cuantos niños, sino de miles de ellos, acompañados de sus madres y sus parientes?

Napoleón, que en el paso del Beresina decía, al dejar tras suyo unos veinte mil soldados, ante las ruinas humeantes del puente, "que me importan esos sapos", define muy bien lo contrario, lo totalmente opuesto de quien, si se decide a eliminar algunas vidas humanas por creerlas perniciosas, rémoras para el futuro mejoramiento de la humanidad, lo hace por un irrefrenable impulso de altruismo y entregando su propia vida, sin paramientos en los horribles martirios que le infligirán sus verdugos.

De estos dos presuntos criminales, uno para la "sociedad" y el otro para nosotros, ¿cuál es el verdadero héroe, en el sentido estricto de una moralidad superior?

¿El que mata cien mil, en provecho suyo o ajeno, o el que mató uno para venir esos cien mil?

Llegará día en que estos contrasentidos universales serán disipados, el verdadero heroísmo colocado en su justo pedestal. Nada nos importa que esté muy lejano; más alta, más lejana se halla la utopía, más embriagadora es para nosotros. Así nuestro amor será más puro, más desinteresado. La idealidad anárquica está fuertemente tejida de este supremo desinterés, la esencia de todos los amores.

Lloyd George

Lloyd George tuvo indudablemente sus horas, o mejor sus largos años de intensa y febrilente celebridad. Surgido a la vida pública merced a su demagógico radicalismo contra los latifundios, ya sentado durante algunos años en el parlamento inglés, a los once meses cortos de iniciarse la guerra le hizo una zan cadilla a su amigo y colega de partido, Asquith, quien por entonces desempeñaba las funciones de presidente del ministerio británico, popularizado por su famosa frase *wait and see*, o sea, espera y verá. El ministro de municiones, que lo era Lloyd George, parece que tomó al pie de la letra el socorrido recurso verbal para aplacar las efervescencias de los ánimos, y fué él quien le hizo ver a su jefe y amigo lo que nunca esperaba le sucediera.

Conocida es su actuación en los años pasados para que empecemos a detallarla, mas lo que posiblemente no será muy notorio es su cuantiosa fortuna, tal vez la más saneada de Gran Bretaña. Es un detalle sin importancia...

Desde esos días, fervorosamente felices para él, que en compañía de Clemenceau y adláteres estaban confeccionando una nueva geografía para las especiales conveniencias de sus respectivas naciones, la gloria, el prestigio político del brujo de Gales mermó no poco. Por ello está haciendo esfuerzos desesperados para que vuelvan las jornadas del antiguo esplendor. Una de estas intenciones culminó en su proyecto, sancionado oficialmente por el partido liberal inglés, relativo a los latifundistas, que aun hoy retienen grandes cantidades de tierras para ejercer un particular deporte, mientras que en Londres hay cien mil desocupados que pudieran comer unos días gracias a una tempestad de nieve, desencadenada muy oportunamente... Nada más popular que una iniciativa de esta índole, cuando lo más necesario son las tierras, donde encontrarán cómo trabajar tantos brazos y habrá para muchas bocas...

Un talento político como el de Lloyd George no podía desperdiciar semejante ocasión, y empezó a entonar el canto de los próteritos días — Land Song — que le hiciera tan famoso; y los sufrimientos, la miseria, los dolores de los campesinos, pequeños industriales, trabajadores del campo, le sirvieron magníficamente para sus detonantes arengas que sublevaron de indignación al auditorio, para estallar

luego en una salva de aplausos tan placenteros para los histriones políticos.

Además, con este proyecto de una problemática repartición de tierras a los desocupados, se les hacía una competencia pavorosa a los bolicheros de enfrente, los cuales también habían formulado un plan parecido; y estos bolicheros no eran nada más que el partido laborista, con una especie de *State Socialism*, o sea socialismo de Estado, que se pensaba llevar a la práctica apenas se pudiera, o se afirmaran en el poder. Tampoco, esta nueva evolución de Lloyd George hacía sus primeros amores, no era ajena a cierto deseo de que se le proclamara jefe del partido, al gún día.

A los que no les pareció ni excelente ni muy bueno este proyecto aprobado por el liberalismo británico, fué a los propietarios de tierras, a los terratenientes con inmensos cotos destinados para la caza del zorro, del ciervo y de otras pobres víctimas del hombre fiero; poco a poco empezó la retirada: Wiston Churchill, primero, luego otros otros y otros, hasta que un tal Sir Alfred Mond anunció en estos días que abandonaba el partido por disentir con Lloyd George sobre la proyectada y aparatoso idea de una futura improbable repartición de tierras.

Este pedazo de Loyd finge creer que los referidos proyectos son de tendencia socialista... Nada más halagador para el saltimbanqui de Gales. Convencer a la gente *bien*, al mundo de la rancia aristocracia, que él posee ideas avanzadas, es su mayor satisfacción. Pretende asusar, como cualquier niño terrible, y luego... los sustos a veces son para él...

No hay duda, nada de más palpitante interés ni nada más sensacional que se ataque a esa caterva infinita de parásitos, quienes durante generaciones y generaciones vivieron a costa del sudor y de la sangre de los trabajadores del campo, sin devolver el menor beneficio a la comunidad, legalizando sus robos y empleaseando su poder en el parlamento para esclavizar virtualmente a los peones y a todos sus asalariados.

¿En qué consisten esos proyectos del partido liberal? Parece que se trata de proponer a los propietarios de mayores cantidades de tierra, cedan determinadas extensiones al Estado al precio que ellos mismos fijan, a fin de entregarlas, después, a los desocupados, en una palabra, a todos aquellos que soliciten trabajar en ellas.

Para el proletariado británico, ¿qué significa esta nueva táctica electoral de tierras hipotéticas? El único cambio es tribar en que los alquileres los cobrarán un agente del Estado, y no ya el apoderado de algún señorón.

Porque todas estas actividades con aparentes propósitos humanitarios, no tienden sino a que el partido liberal pueda obtener numerosos votos en una próxima elección, para sentarse en el parlamento y tronar contra los latifundios y los latifundistas, quienes continuarán rozando de buena salud durante mucho tiempo.

¿Ou otra cosa se podía esperar del brujo de Gales sino este otro salto mortal, que lo hará caer de pie por centésima vez?

Escribir...

Una serie de obras maestras desarrollando las actitudes del idioma, le han dado la riqueza, la flexibilidad y la fuerza; han creado las locuciones y las formas... Su diccionario, conteniendo los vocablos, los giros, las fórmulas y el significado de las palabras, es un arsenal donde hormiguean las ideas, de las cuales ningún escritor agotará los tesoros. A estos materiales de por sí tan ricos, la gramática y la retórica agregan sus enseñanzas...

...Se tienen repertorios de rimas, de sinónimos, de epítetos, de perifrasis, de ejemplos selectos, que basta recorrer para ver surgir infinitos puntos de vista nuevos, acercamientos ingeniosos, rasgos de espíritu...

El despojo de literaturas extranjeras aportará un último contingente, con el cual se dará un color todavía más fuerte a esta originalidad de mala ley. Coraje entonces, joven, tome y mezcle, como hacen los boticarios! Ud. es escritor, Ud. puede, como muchos, por toda una generación, llegar a ser un gran hombre.

ALVARO YUNQUE

LOS CINICOS

(Comedieta de la moral burguesa)

(Continuación)

ESCENA II

(Dichos y Eulalia)

Piedrabueta (De pie) — Tanto gusto, señora.

Eulalia. — Gusto es el mío, doctor. Rosarondo. (A Eulalia) — ¡Séntate. Aquí, el doctor, viene a comunicarnos algo de trascendental importancia.

(Se sientan) Eulalia. — Ya han conseguido ustedes despertar mi curiosidad.

Rosarondo. — En el supuesto caso de que se durmiera alguna vez.

Eulalia. — Cómo eres, Justo. No le crea usted, doctor. Usted bien me conoce.

Piedrabueta. — La conozco y conozco a su marido, señora, sé que es un soñador y, como tal, todo lo exagera.

Rosarondo. — Muy bien. (A Eulalia, pomposo) He aquí el trascendental asunto por el que tenemos la dicha de recibir la visita del doctor. El doctor Piedrabueta viene a pedir nuestro consentimiento para desposar a nuestra hija Justa.

Eulalia. (Con inusitado asombro) — ¿A?

Rosarondo. — ¡A Justa, nuestra hija!

Eulalia. — ¡A nuestra hija? ¿El doctor quiere casarse con nuestra hija?

Piedrabueta. (Aulicamente) — Sí, señora, a esa dicha aspiró.

Eulalia. (Arrebatadamente, con indignación) ¡Imposible!

Piedrabueta. — ¿Cómo imposible?

Rosarondo. — ¡Imposible! ¿Por qué, mujer?

Piedrabueta. — ¿Por qué, señora?

(Eulalia mira fija y largamente a Piedrabueta. Este sostiene su mirada sin inmutarse.)

Rosarondo. — Explícate.

Eulalia. — ¡Es imposible!

Rosarondo. — Pero las razones tan siquiera.

Piedrabueta. — Eso es, ¿en qué razones funda su negativa?

(Pausa larga. Ella no responde, se ve en su interior libra una terrible lucha para aparecer serena.)

Rosarondo. (Impaciente) — ¡Habla, pues!

Eulalia. (Imperiosa, desbordante) — ¡Que es una infamia lo que ustedes quieren hacer, una infamia!

Rosarondo. — ¿Una infamia? ¿Dices que yo quiero hacer una infamia? Yo no quiero hacer...

Eulalia. — Sí, sí; te conozco, bien que te conozco, bien sé de lo que eres capaz!...

Rosarondo. — Mujer, refrénate, no digas necesidades, calma, calma...

Eulalia. — ¡Calma, calma, y quieres vender tu hija? ¡Indigno! (Se pone de pie, está visiblemente alterada.)

Rosarondo. — Qué carácter, qué carácter más irascible el tuyo, reflexiona...

Eulalia. — Esto no necesita reflexionarse, se siente! ¿Cómo vas a casar ese viejo con tu hija, joven y hermosa?

Rosarondo. — ¿Cómo vas a casar? Yo no quiero casarla; el doctor ha solicitado mi consentimiento de padre, y yo...

Eulalia. — ¡Calla!

Piedrabueta. — Pero señora...

Eulalia. — Calle usted también, calle los dos, por favor, calle! ¡se empuñan en que los desprecie más de lo que los desprecia! ¡A los dos!, ¡a los dos! (A Piedrabueta) ¡Cuánto le ha pagado por mi hija?

Piedrabueta. — ¡Señora!

Rosarondo. — ¡Mujer!

Eulalia. — No se hagan los indignados. Guarden las farsas para cuando estén solos.

Rosarondo. — Me ofendes. Ofendes al doctor.

Eulalia. — Los sujetos como el doctor y como tú nunca se ofenden.

Rosarondo. (Amenazador) — Repara en lo que dices.

Piedrabueta. (Ofendido) — Señora, las más elementales reglas de urbanidad social me impiden responderla; pero le ruego que no abuse de su situación privilegiada.

Eulalia. — Y las más elementales reglas de dignidad personal le debían haber impedido entrar en esta casa.

Piedrabueta. — ¿Por qué, señora?

Rosarondo. — ¿Por qué, si es mi amigo?

Eulalia. — ¿Tu amigo? Ay, pobre doctor si no tiene mejores amigos que tú. (Al doctor) ¿Sabe cómo lo llama a usted su amigo?, pues, le llama: "el ladrón Piedrabueta".

Rosarondo. — ¡Mujer!

Eulalia. — Tal como lo oye, doctor; jamás pronuncia su apellido sin anteponerle lo de ladrón. Así: "el ladrón Piedrabueta".

Rosarondo. — ¿Pero es que hoy te has propuesto decir necedades e inconveniencias, nada más?

Eulalia. — ¿Necedades? ¿Inconveniencias? ¡Verdad, sencillamente verdad!

Rosarondo. (A Piedrabueta) — Usted bien sabe que nunca estuvo muy bien de la cabeza, ahora parece que el mal se agrava: le ha dado por andar con la Verdad auestas.

Eulalia. — ¡Cínico!

Piedrabueta. (A Rosarondo) — Comprendo, amigo, comprendo.

Eulalia. (Recalcando el plural) — ¡Cínicos!

Piedrabueta. (Levantándose) — Usted comprenderá, amigo Rosarondo, que debo retirarme, debo retirarme forzosamente.

Rosarondo. — Le ruego, querido doctor, que no repare en las inconveniencias de mi mujer.

Piedrabueta. — Sí, pero mi...

Rosarondo. — Comprendo, su delicadeza se siente ofendida.

Piedrabueta. — Eso es, mi delicadeza.

Eulalia. (Sarcástica) — ¡Ja, ja, ja! ¡Su delicadeza!

Rosarondo. — Síntese, mi querido doctor.

(Se sientan.)

Eulalia. — Dígame: ¿puede hablar de su delicadeza un viejo que pretende comprar a una joven, aprovechando su mala situación pecuniaria y la desvergüenza del padre?

Piedrabueta. — Señora, yo amo a su hija...

Eulalia. — ¡Calle! Está usted insultando el Amor. Bien, aunque usted la ame, ella no podrá amarle a usted.

Piedrabueta. — ¿Por mi edad? No es un obstáculo, quizás aboguen por mí mis condiciones morales...

Eulalia. (A Rosarondo) — ¡Y monetarias! (A Piedrabueta) Desengañese. Justa no lo amaría a usted aun cuando fuese usted un bazar de virtudes. No se exponga a una negativa que va a herir su vanidad.

Piedrabueta. — ¿Por qué, señora?

Eulalia. — Primero: porque conozco bien a mi hija; y sé que tiene pudor...

Piedrabueta. — ¡Pudor!

Rosarondo. — ¡Pudor!

Eulalia. — Pudor, sí, pudor. Aunque ustedes hayan olvidado lo que es eso, aun existe, y no lo defino por no ofenderlos. Segundo: porque Justa, (A Rosarondo) Justa es mi hija...

Rosarondo. — Nuestra hija.

Eulalia. — Justa, mi hija, ama ya; y ama a un hombre joven y digno como ella.

Rosarondo. — ¡Ama! ¿Y cómo no me has dicho nada a mí, su padre?

Eulalia. (Irónica) — Como no era un asunto con el cual pudieras ganar dinero...

Rosarondo. — ¿Cuándo hablarás sin ofenderme?

Eulalia. (De pie, resucitamente) — Bien, doctor, si no lo ha traído otro asunto a esta casa, puede usted retirarse de ella. (El doctor hace ademán de irse, ofendido. Rosarondo lo detiene.) Aunque esta visita le habrá sido instructiva; le ha enseñado a usted, viejo usurero, que no todo se consigue con billetes de banco; y que a veces la codicia es derrotada por el amor.

Rosarondo. — ¿Y se puede saber quién es ese caballero amado por mi hija?

Eulalia. — Ese caballero es Saturnino Tobal.

Rosarondo. — Lo conozco.

Piedrabueta. — Yo también.

Eulalia. — ¿Lo conocen? Me alegro. Sabrá así, doctor, que todo lo que en usted es vicio, en Saturnino Tobal es virtud. Buenas tardes. (Se retira).

ESCENA III

(Dichos menos Eulalia)

(Pausa larga)

Rosarondo. — ¿Ha visto qué mujer? (Compungido) Ay, soy desdichado, bien desdichado! No puede darse mayor desgracia en el matrimonio que el no ser comprendido por su mujer. Eulalia jamás me ha comprendido. Ahí la ve: irascible, necta, torpe, queriendo desbaratar lo que yo fraguo para la felicidad de mi hija. ¡Hay, soy desdichado, bien desdichado!

Piedrabueta. — ¿Usted está decidido a apoyarme?

Rosarondo. — Completamente decidido.

Piedrabueta. — Bien. No hay que desalentarse al primer contratiempo. Es preciso obrar. Usted debe ver a su hija y hacerle presente mi proposición matrimonial; yo me encargo de ese señor Tobal. Pero a su hija háblele antes de que lo haga su señora.

Rosarondo. — Así lo haré. Casualmente se halla de visita, la voy a buscar y en el trayecto la hablo.

Piedrabueta. — Bien. Yo por mi parte voy a hablar al novio, también antes de que lo haga su señora.

Rosarondo. — ¿Y?

Piedrabueta. — Y déjeme a mí. He arreglado asuntos peores que éste. Supóngase que su hija no esté tan enamorada como cree su señora: supóngase que ese joven Saturnino Tobal la ame tanto que desista de amarla viendo que eso constituirá la felicidad de ella... ¿Comprende?

Rosarondo. — Comprendo, comprendo...

Piedrabueta. — Napoleón, profundo conocedor de los hombres, dijo esta frase lapidaria: "Todos los hombres se venden, sólo hay que dar con el precio."

Rosarondo. — Y cuánta razón, cuánta razón tuvo!

(Llama la campanilla)

Piedrabueta. — Ya lo creo que la tuvo, ya lo creo. ¡A la acción! (Se levanta) Usted a ver a su hija; la hace presente mi amor...

Rosarondo. — Eso corre por mi cuenta. Sé quién es mi hija. Sé que es sensata, no una loca como la madre.

Piedrabueta. — Yo voy al Casino, a ver a ese dechado de virtudes que se llama Saturnino Tobal, y que se pasa la tarde en la ruleta.

Rosarondo. — ¿Sí?

Piedrabueta. — Es su único defecto, es verdad; pero en él es grave, gravísimo...

(Aparece la mucama)

Mucama. — ¿Qué desea el señor?

Rosarondo. — Traígame el bastón y el sombrero. (La mucama se retira) ¿Gravísimo defeca usted?

Piedrabueta. — Claro, puesto que no se halla muy adelantante... (Ademán)

Rosarondo. — ¿No? Yo creí que la madre...

Piedrabueta. — Sí; pero desde que quedó viuda lleva rematadas tres de sus mejores propiedades.

Rosarondo. — Lo admiro, doctor, usted sabe todo! ¿Qué sagacidad la suya!

Piedrabueta. — Es mi oficio. Como usted comprenderá, eso nos facilita la acción.

Rosarondo. — Enormemente.

Piedrabueta. — Hoy debe quedar concluido esto. Yo hablo con el joven ese y lo veo a usted que ya habrá hablado con su hija. ¿Eh?

Rosarondo. — Convenido.

Piedrabueta. — ¿Dónde nos vemos?

Rosarondo. — Aquí mismo.

(Aparece la mucama con el bastón y el sombrero. Rosarondo da el brazo a Piedrabueta y bajan la escalinata, hablando.)

Piedrabueta. — Bien; y apresure el asunto, mi héroe ganaba las batallas a fuerza de estrategia; y sin actividad no hay estrategia posible. Hay que pegar, y pegar antes!

(Salen hablando por el portalón)

ESCENA IV

(La mucama, después Eulalia, después Saturnino). — (La mucama queda arrebatado el vestíbulo.)

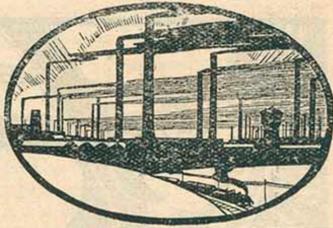
Eulalia. — ¿Se fueron?

Mucama. — Sí, señora.

Eulalia. — ¿Usted sabe la casa de Saturnino Tobal?

Mucama. — Sí, señora.

Eulalia. — Bien, va a llevarle esta tarjeta. Es preciso que se la dé a él, a él en persona; y dígame que venga con usted,



inmediatamente... Ah, ahí está... retírese usted. (La mucama se retira) ¡Saturnino, pase!

(Entra Saturnino por el portalón. Es un joven de bizarra presencia, viste un elegante traje de montar).

Saturnino. — Buenas tardes, señora. (Sube al vestíbulo)

Eulalia. — Enviaba a buscarlo, precisamente.

Saturnino. — Acabo de ver a su marido y al doctor Piedrabueta.

Eulalia. — ¿Habló usted con ellos?

Saturnino. — No, como yo venía a caballo, no me han visto, a pesar de que los saludé. Parecían muy preocupados, el doctor sobre todo, iba hablando animadamente. ¿Y Justa?

Eulalia. — Es por causa de ellos y de Justa que enviaba por usted. Ocorre algo muy serio.

Saturnino. — Muy serio?

Eulalia. — Sí, muy serio; pero síntese. (Se sientan) Me va usted a creer que esa momia del doctor Piedrabueta, pretende, ¿sabe usted qué?, pretende nada menos que casarse con Justa?

Saturnino. — ¿Con Justa?

Eulalia. — Sí, con Justa; y el desvergonzado de mi marido lo apoya.

Saturnino. — ¿Lo apoya? ¿Y Justa, sabe algo?

Eulalia. — Nada todavía. Píjese la sorpresa que la aguarda, ella que salió tan alegre.

Saturnino. — Pero permítame que le diga, señora, lo que quiere hacer su marido es una indignidad!

Eulalia. — Quiere vender a la hija, sencillamente. El doctor Piedrabueta es su acreedor. ¡Pero no lo hará!

Saturnino. — No lo hará, no! (Arrebatadamente) Estoy dispuesto a todo, hasta a...

Eulalia. — Déjeme a mí; el asunto es muy claro y muy sencillo. Ningún padre puede casar a la hija sin ella quererlo.

Saturnino. — ¿Justa se opondrá, seguramente?

Eulalia. — Délo por descontado. Le va a causar un sofocón la noticia. ¡Ella tan delicada, casarse con ese viejo caramal! ¡Si es desesperante pensar!

Saturnino. (Tracundo) — Oh, soy capaz!...

Eulalia. — Deje, deje, serémos... (Saturnino se pasea, nervioso, latigueándose las botas).

Saturnino. — Es una ofensa que le hace a Justa su marido, señora, una ofensa! El doctor es disculpable, la noticia quizás lo excusa; pero su marido, señora!... Oh! Es una indignidad inconcebible.

Eulalia. — Es monstruoso!

Saturnino. — Es un delito!

Eulalia. — Es un crimen! (Pausa) (Saturnino se pasea alterado).

Saturnino. — ¡Justa!

(Continuación)



Precio: \$ 1.50 m/n Encuadrado en tela, \$ 3.50